
HARLEQUIN
Bianca
EN LA CAMA EQUIVOCADA
PENNY JORDAN

Índice

Capítulo 1

Jodi no pudo resistir la tentación de lanzar una segunda mirada escrutadora al hombre que atravesaba en aquel momento el vestíbulo del hotel.

Mediría algo más de un metro ochenta, y tendría unos treinta y tantos años. Llevaba puesto un traje oscuro y tenía el pelo negro. Desde que lo vio dirigirse a la salida del hotel, Jodi no había sido indiferente a la viril sexualidad que aquel hombre desprendía. Le había causado tal efecto, que se le había acelerado el pulso. Su cuerpo había reaccionado también de una manera que poco tenía que ver con su habitual forma de ser, y, durante unos segundos, Jodi había permitido que sus pensamientos vagaran por sendas peligrosas y sensuales.

Aquel hombre giró la cabeza y, durante un instante, pareció mirarla directamente a ella, como si una intensa e íntima comunicación se hubiera establecido de pronto entre ellos.

El corazón de Jodi, y todo su mundo, funcionaban en torno a un esquema vital basado en el sentido común y el pragmatismo. Y de repente, todo parecía tambalearse. Palabras traicioneras como «amor a primera vista» cobraban de pronto significado.

¿Amor a primera vista? Aquello no podría sucederle nunca a ella. Debía de ser el estrés lo que le provocaba aquellas alucinaciones emocionales.

«¿Es que no tienes ya bastantes preocupaciones?», se regañó a sí misma como si de uno de sus alumnos se tratara. Pero ella no les reñía casi nunca. Le encantaba ser la directora de la escuela del pueblo, en la que también daba clases. Sus amigos pensaban que más le valdría dedicar la pasión que ponía en su trabajo a su vida amorosa. O más bien a la falta de ella. Pero la escuela y sus alumnos eran la única razón por la que Jodi estaba allí aquella tarde, esperando con impaciencia en el vestíbulo de aquel hotel tan lujoso la llegada de su primo y cómplice.

Jodi exhaló un suspiro de alivio cuando por fin lo vio llegar.

Nigel trabajaba en el ayuntamiento, y a través de él, había conocido la amenaza que se cernía sobre su adorada escuela. Cuando él le contó que la fábrica de componentes electrónicos que daba empleo a todo el pueblo había sido adquirida por la competencia y corría el peligro de cerrarse, Jodi no había querido creerle.

La gente del pueblo había trabajado mucho para atraer nuevas inversiones y evitar convertirse en una comunidad agonizante más. Cuando la fábrica había abierto sus puertas hacía algunos años, no solo había llevado riqueza a la zona, sino también una oleada de gente joven. Los hijos de aquellos jóvenes eran los que ahora llenaban las aulas de Jodi. Sin ellos, la escuela se vería obligada a cerrar.

Jodi no estaba dispuesta a que ningún tipo sin escrúpulos le pusiera un candado a la factoría en nombre del progreso, y destrozara el corazón de todo un pueblo.

Por eso estaban allí Nigel y ella.

–¿Has averiguado algo? –le preguntó con ansiedad a su primo mientras declinaba con un gesto su ofrecimiento de tomar una copa.

Jodi no bebía. Sus amigos solían decirle que su modo de vida resultaba un tanto anticuado para alguien que había estado tantos años en la universidad. Incluso había trabajado en el extranjero antes de decidir que lo que realmente quería era vivir en la zona rural de su país.

–Ya se ha registrado en el hotel. Ocupará la mejor suite, aunque al parecer no está aquí en este momento –dijo Nigel.

Jodi exhaló un suspiro de alivio.

–Tú eres la que quería verlo –le recordó Nigel mirándola fijamente–. Pero si has cambiado de opinión…

–No –le cortó Jodi–. Tengo que hacer algo. Todo el pueblo está ya al tanto de sus intenciones de cerrar la fábrica. Algunos padres ya han venido a decirme que tendrán que marcharse si se quedan sin empleo. Tengo que ver a ese tal…

–Leo Jefferson –apuntó Nigel–. He conseguido que la recepcionista me deje la llave de su suite.

Nigel no pudo evitar sonreír al contemplar la expresión de Jodi.

–No te preocupes. La conozco, le he explicado que estás citada con él, pero que has llegado demasiado pronto. Así que lo mejor que puedes hacer es subir y esperarlo para abalanzarte sobre él en

cuanto llegue.

–No pienso hacer semejante cosa –replicó Jodi indignada–. Lo que quiero es que comprenda el daño que le causará a la comunidad si cierra la fábrica.

Nigel la contempló con tristeza mientras hablaba. Los ideales de su prima estaban muy bien, pero no servirían para cambiar la opinión de un hombre con la reputación de Leo Jefferson. Nigel estuvo tentado de sugerirle a Jodi que una sonrisa y un poco de coquetería femenina darían mejor resultado que el discurso que tenía planeado. Pero sabía cómo se tomaría ella semejante sugerencia. Aquel tipo de actitudes iban totalmente en contra de sus principios.

Y era una pena, porque, en opinión de Nigel, Jodi tenía todos los ingredientes para cautivar a cualquier hombre con sangre en las venas. Era extraordinariamente atractiva. Su cuerpo lleno de curvas hacía sufrir con solo mirarlo, aunque ella tratara de cubrirlo con ropa aburrida y funcional. Tenía una hermosa melena rizada, y unos profundos ojos azules que destacaban sobre la delicadeza de sus mejillas. Si no hubiera sido su prima, él mismo la habría encontrado deseable. Pero Jodi era demasiado seria: tenía veintisiete años, y Nigel no le había conocido nunca ninguna pareja. Prefería dedicarse al trabajo.

Jodi tomó la llave que su primo le tendía. Deseaba creer que estaba haciendo lo correcto, aunque se sentía culpable por el método que estaba utilizando para acceder a Leo Jefferson. Pero, según Nigel, aquella era la única manera de hablar personalmente con él. Un magnate tan importante no se dignaría a recibir a una humilde maestra de escuela. Jodi sintió una gran sequedad en la garganta, y le pidió a su primo que encargara una bebida para que se la subieran a la habitación.

Diez minutos más tarde, Jodi entró en la suite y deseó que Leo Jefferson no tardara mucho en llegar. Se había levantado a las seis de la mañana para preparar un proyecto, y eran casi las siete de la tarde. Estaba cansada y tenía hambre. Cuando oyó cómo se abría la puerta de la suite, se puso tensa, pero era el servicio de habitaciones, que le llevaba la bebida que Nigel había encargado

para ella. Jodi contempló con escepticismo la jarra llena de zumo de frutas que el camarero colocó sobre la mesa antes de marcharse. Un vaso de agua habría sido suficiente. Tenía la boca seca de la tensión, y se sirvió un vaso que apuró rápidamente. Aquella bebida tenía un sabor desconocido, pero no desagradable. Por alguna extraña razón, sintió ganas de beber más, y apuró un segundo vaso.

¿Dónde se habría metido Leo Jefferson? Jodi comenzó a bostezar, y comprobó con asombro cómo se tambaleaba cuando se incorporó. Se le iba la cabeza y estaba mareada. Fijó la vista en la jarra de zumo: no era posible que aquel sabor extraño se tratara de alcohol. Nigel sabía que no bebía. Echó un vistazo alrededor en busca del baño. Quería aparecer pulcra y arreglada cuando Leo Jefferson apareciera. La primera impresión era muy importante, sobre todo en situaciones de aquel tipo.

Jodi se lavó las manos en el inmenso cuarto de baño de la suite y se echó agua fría en las muñecas y el cuello mientras se miraba en el enorme espejo del lavabo.

Cuando hubo salido, contempló fijamente la cama de matrimonio. Parecía muy cómoda, y ella se sentía terriblemente cansada. ¿Cuánto tardaría aquel hombre? Jodi bostezó de nuevo, sentía los párpados muy pesados. Tenía que tumbarse. Sería solo un instante, hasta que la cabeza se le asentara de nuevo.

Pero antes… con la meticulosa concentración de los borrachos, Jodi se quitó la ropa con cuidado y la dobló antes de meterse en aquella bendita cama.

Leo Jefferson miró el reloj mientras abría la puerta de su suite. Eran las diez y media de la noche y acababa de regresar al hotel tras inspeccionar una de las dos fábricas que acababa de adquirir. Pero, antes, había pasado la tarde discutiendo acaloradamente con el yerno del antiguo dueño, un individuo increíblemente estúpido que había tratado por todos los medios de que rescindiera el contrato de compra.

–Mi suegro ha cometido un error, todos cometemos errores –le había dicho a Leo con falsa amabilidad–. Hemos cambiado de opinión, ya no queremos vender el negocio.

–Es un poco tarde para echarse atrás –había replicado Leo con

acritud–. El contrato ya está firmado.

–Seguro que hay alguna manera de persuadirlo –había insistido aquel hombre buscando su complicidad–. Han abierto un club de alterne en el pueblo, y he oído que son expertos en cubrir las necesidades de los hombres de negocios solitarios. ¿Qué le parece si vamos allí? Luego, podremos hablar de nuestro trato, cuando estemos más relajados.

–De ninguna manera –había respondido Leo sin dudar.

Había oído muchos rumores sobre Jeremy Driscoll en el mundillo de los negocios. Al parecer se trataba de un individuo sórdido, acostumbrado a intentar conseguir sus objetivos con métodos turbios. En un principio, Leo había estado dispuesto a concederle el beneficio de la duda, pero, después de conocerlo, no tenía más remedio que reconocer que los detractores de Jeremy Driscoll se habían quedado cortos. Era más desagradable de lo que había imaginado, y su aparente honradez y aquella oferta de comprar sexo lo ofendían.

Los lugares en los que las personas tenían que venderse para proporcionar placer a otros no le interesaban, y no había tratado de disimular su desagrado ante la proposición de aquel hombre. Pero Jeremy Driscoll no parecía haberse dado por enterado.

–Si prefiere usted un encuentro más íntimo, estoy seguro de que también podemos arreglarlo…

–Olvídelo –contestó Leo con frialdad.

–Sus planes de cerrar la fábrica no han caído muy bien por aquí –continuó Jeremy con expresión de disgusto–. Un hombre de su reputación…

–Creo que mi reputación aguantará el tirón –interrumpió Leo.

Había observado por el rabillo del ojo el periódico que Jeremy estaba leyendo cuando él llegó. En él había un artículo sobre un político que había denunciado a alguien por airear aspectos algo sórdidos de su vida privada, como sus visitas a un salón de masajes. El político aseguraba que le habían tendido una trampa, pero no convenció al jurado.

–Si yo fuera usted, no confiaría tanto en mi reputación –amenazó Jeremy mirando el periódico mientras hablaba.

Leo se marchó no sin antes dirigirle una mirada de desprecio.

Leo frunció el ceño mientras entraba en su suite. No había nada en el mundo que pudiera convencerlo para cambiar de planes. La empresa de la familia Driscoll era competencia directa de la suya, y era lógico pensar en cerrar algunas de las cuatro fábricas de los Driscoll para no duplicar el trabajo, aunque todavía no había decidido cuáles.

Cansado, Leo entró en la habitación sin molestarse en encender la luz. Todavía entraba algo de la claridad de junio por la ventana, y la luz de la luna contribuía también a iluminar taimadamente la estancia.

Alguien había corrido las cortinas, probablemente la doncella del hotel. Pero la luz del baño estaba encendida y la puerta abierta. Leo frunció el ceño ante semejante descuido, y entró en el baño cerrando la puerta tras él.

Se miró en el espejo. La arrogancia de Jeremy Driscoll lo había sacado de sus casillas; entornó sus ojos color gris plateado, que eran una herencia de su padre.

Sus padres estaban jubilados y vivían en Italia, la tierra natal de su madre. Leo los había visitado el mes anterior. Todavía recordaba la expresión de su madre cuando ella le había preguntado si todavía no había nadie especial en su vida. Él le había contestado que no, y que esa respuesta servía tanto para el presente como para el futuro. Su madre le había respondido con inusitada aspereza que, dado el caso, tendría que hacerle una visita a la curandera del pueblo. Según los rumores, tenía una receta infalible para preparar un elixir de amor. Leo se había reído a carcajadas. Estaba claro que, si quería, podía tener una amante. Muchas mujeres atractivas le habían hecho saber, algunas de manera discreta y otras directamente, que estarían encantadas de compartir con él su cama, su vida, y, por supuesto, su cuenta corriente. Había habido alguna que otra mujer en su vida, pero había descubierto con el paso de los años que sentía una profunda aversión ante la idea del sexo por el sexo.

Sin quererlo, recordó de pronto cómo había reaccionado su cuerpo ante la mujer con la que se había cruzado en el vestíbulo del hotel por la tarde. Era menuda y tenía unas curvas de vértigo, o al menos eso parecía insinuarse bajo la ropa tan horrorosa que llevaba

puesta. Leo sabía cuándo alguien se vestía para causar el máximo efecto, y desde luego no era el caso de aquella mujer. Y ni siquiera era su tipo: él se inclinaba más por las rubias elegantes.

Exhaló un suspiro de disgusto, se quitó la ropa y se metió en la ducha. Cuando terminó, salió del baño y se dirigió a la cama. Había oscurecido, pero la luz de la luna se colaba entre las rendijas de las cortinas. Echó hacia atrás las sábanas y se metió dentro, buscando instintivamente la colcha para arroparse. Entonces se dio cuenta de que la cama, su cama, estaba ocupada.

Encendió rápidamente la lámpara de la mesilla y contempló con incredulidad la melena rizada que descansaba en la almohada vecina a la suya. Leo olfateó con disgusto el olor a alcohol que desprendía la suave respiración de la mujer que dormía a su lado.

Sus sentidos reaccionaron de manera muy distinta ante el otro perfume que exhalaba, una mezcla de aire fresco, lavanda y profunda sensualidad.

Era la mujer del vestíbulo. Leo la habría reconocido en cualquier parte, o mejor dicho, su cuerpo la habría reconocido. Entonces su cerebro reaccionó. Recordó la voz empalagosa de Jeremy Driscoll tratando de convencerlo para que se echara atrás en la firma del contrato. ¿Era aquella mujer el aliciente que había sugerido? Tenía que serlo. No podía imaginar ninguna otra razón que justificara que estuviera en su cama. Enfadado, agarró con fuerza el brazo desnudo de la mujer mientras se inclinaba hacia ella para despertarla.

Jodi estaba profundamente dormida, inmersa en el más delicioso de los sueños, sumida en el abrazo del hombre más guapo y sensual del mundo. Era alto, de pelo oscuro y ojos grises como la plata. Sus facciones le resultaban familiares, pero no así su tacto, que era maravillosamente nuevo y excitante.

Yacían juntos, sus cuerpos pegados sobre la inmensa cama de una habitación con vistas a una playa tropical privada. Aquel hombre se inclinaba sobre ella y, tocando su brazo desnudo, le preguntaba: «¿Qué diablos hace usted en mi cama?»

El cerebro de Jodi seguía bajo la influencia del alcohol, pero se las arregló para abrir los ojos. ¿Por qué estaba tan enfadado su amante? Le sonreía con arrobo, deleitándose en lo deseable que era. Aquella maravillosa piel dorada… Cerró los ojos para disfrutar de aquella imagen, pero volvió a abrirlos inmediatamente para no

perderse ningún detalle. Observó cómo se le tensaban los músculos del cuello cuando se inclinó sobre ella, y admiró la fuerza de sus antebrazos. Entonces, extendió el dedo y comenzó a recorrer su pecho, maravillada ante la diferencia entre aquella piel y la suavidad de la suya.

Leo no podía creer lo que estaba sucediendo. Aquella intrusa no había hecho ni caso a su pregunta, y además lo estaba tocando. Pero no, aquello no era simplemente tocar. Su cuerpo reaccionó con una sacudida, lo estaba acariciando.

Una parte de su cerebro deseaba rechazar lo que estaba ocurriendo, pero por otro lado, sintió un intenso deseo de abrazar a la mujer que lo estaba torturando de aquel modo tan efectivo. Leo entabló una lucha para imponer la disciplina y el autocontrol, que eran las dos cosas que regían su vida. Pero, para su sorpresa, perdió la batalla.

Mientras tanto, Jodi, alentada por algo mucho más poderoso que el alcohol, seguía totalmente ajena a cualquier cosa que no fuera el maravilloso sueño en el que estaba sumida. Era muy afortunada por estar con él en aquella paradisíaca isla privada de amor y placer. Se incorporó ligeramente y pasó suavemente la punta de la lengua por el cuello de su amante. El contacto de aquella piel húmeda le reveló su textura y su sabor.

Leo seguía sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo. A lo que ella estaba haciendo, a lo que él le estaba dejando hacer. Se dejó caer sobre la almohada mientras aquella mujer se alzaba provocativamente sobre él. Su lengua continuaba lamiéndole la piel con increíble sensualidad.

A pesar de la semioscuridad de la habitación, Leo pudo distinguir los contornos desnudos de aquel cuerpo femenino. Tenía la cintura estrecha y las caderas suaves y redondeadas. En medio de sus piernas deliciosamente torneadas, distinguió un suave triángulo de aspecto sedoso y tentador.

Leo tenía la garganta seca por la tensión. Sintió cómo todo su cuerpo se estremecía al contemplar sus pechos, suaves, redondos y del color de la crema. Tenía los pezones irresistiblemente erectos. Incapaz de seguir luchando, Leo hundió con delicadeza las manos sobre ellos, cubriéndolos. Sintió su calor, y notó también la dureza de aquellos picos invitándolo.

Jodi soltó un grito ahogado mientras temblaba de placer cuando sintió la aspereza de la lengua de su amante sobre el pezón.

–Cómo me gusta –susurró, cerrando los ojos para disfrutar de lo que estaba sintiendo.

Leo estaba impresionado por la reacción de aquel cuerpo a sus caricias. Trató de recordarse a sí mismo que estaba contratada para hacer un trabajo, pero sus sentidos estaban demasiado obnubilados como para pensar con claridad. Durante los escasos minutos en los que la había visto en el vestíbulo, supo que podría afectarlo de aquel modo, que la desearía así, desoyendo todas las voces de su conciencia.

Leo deslizó la mano por la curva de su cintura, deteniéndose sobre su cadera. Mano y cadera encajaron con tanta perfección que parecían estar hechos el uno para el otro. Las manos de aquella mujer exploraban, mientras, su cuerpo con tanta inocencia como si fuera el primer hombre con el que compartiera intimidad, una idea totalmente ridícula. Trató de recordar que los suaves susurros de halago que le estaba dedicando estaban con toda seguridad calculados para obtener el máximo de su ego masculino. Pero no podía dejar de tocarla. No podía dejar de desearla.

Por su parte, Jodi estaba en el cielo. Su amante parecía saber instintivamente dónde y cómo acariciarla. Su cuerpo se derretía con cada ola del placer que él despertaba en ella.

Jodi lanzó las sábanas a los pies de la cama para contemplar la poderosa desnudez de aquel cuerpo masculino que tanto deseaba en aquel momento. La luz de la luna transformaba en plata su propio cuerpo, haciendo que la musculatura de su amante pareciera de acero.

Lo deseaba fervientemente. Dejó caer deliberadamente las yemas de los dedos sobre su erección mientras cerraba los ojos dejando que una profunda emoción sacudiera todo su cuerpo.

Leo no podía explicarse cómo estaba permitiendo que aquello ocurriera. Iba totalmente en contra de sus principios. Nunca en toda su vida había experimentado un deseo tan intenso, ni había sentido una necesidad tan imperiosa de tomar lo que se le ofrecía tan explícitamente. Todos y cada uno de sus sentidos estaban respondiendo con una urgencia incontrolable.

El aroma, la piel de aquella mujer, sus caricias, incluso el sonido

de sus cada vez más excitados gemidos, todo ello parecía despertar una vulnerabilidad dentro de él que no sabía ni que existiera.

Se dejó llevar por el ardiente deseo de besar lentamente todos y cada uno de los rincones de su intimidad con olor a mujer, una y otra vez, hasta que la intensidad de los gemidos de ella se le hizo insoportable. Se concedió finalmente el placer de deslizar sus dedos a través del suave triángulo de seda que ella tenía entre las piernas y acarició su interior.

Ella estaba húmeda y caliente. Le parecía tan delicada que, a pesar de los ruegos impacientes que él oía, se obligó a sí mismo a amarla lenta y suavemente.

Sintió cómo el cuerpo de ella se estremecía buscando su contacto mientras le susurraba con voz entrecortada por el placer lo que quería de él. Sus jadeos atravesaban su cuerpo como descargas eléctricas. Ella se las arregló para colocarse de tal manera que dejó de estrecharla contra él y entró al fin en ella.

Jodi oyó el sonido grave y viril que salió de su garganta mientras se introducía en ella, llenándola. Su pasión se desató entonces más allá de cualquier límite. Una espiral de intenso placer inundó sus venas. Oír aquel sonido era casi tan excitante como sentirlo moverse dentro de ella. Los embistes lentos y poderosos de su amante la obligaban a desearlo más, a hundirlo más en su interior. El placer de sentir su cuerpo acomodándose al de él era tan indescriptible, que se vio obligada a gritar.

En algún lugar de la periferia de su conciencia, Leo pensó que debía estar alerta. Pero en aquellos instantes sólo podía sentir cómo las recíprocas sensaciones que se regalaban el uno al otro los llevaban a un lugar mágico y casi inalcanzable.

Cuando ella alcanzó el orgasmo, se derritió en espasmos de tal intensidad, que Leo casi pudo sentirlos dentro de él.

Ella permaneció entre sus brazos con el cuerpo todavía tembloroso tras el impacto de su propio placer. Leo la oyó susurrar:

–Ha sido maravilloso, mi maravilloso amante.

Y cuando él la miró, Jodi cerró los ojos y se quedó dormida con la inocencia de un bebé.

La estudió con detenimiento. No tenía ninguna duda de que era una profesional pagada con el dinero de Jeremy Driscoll. Y él había caído como un estúpido en la trampa que le habían tendido. Con la

mente más despejada, Leo recordó el artículo del periódico que Jeremy había estado leyendo. Pero ya era demasiado tarde. No estaba casado, así que las repercusiones que podría tener una mujer aireando ante la prensa sus intimidades no serían tan terribles para él. Pero sería motivo de burla por haber sido tan crédulo, y perdería respeto en el mundo de los negocios. Si eso ocurriera, no podría contar con el apoyo y la confianza a la que estaba acostumbrado. Ningún hombre de negocios, ni siquiera uno de tanto éxito como él, podía permitirse algo así.

Se levantó de la cama y lanzó una mirada agria a aquella mujer. ¿Cómo podía dormir tan plácidamente? Sin poder contenerse, miró de reojo su boca, curvada en una sonrisa de satisfacción. Incluso dormida se las arreglaba para mantener la farsa de que lo que había ocurrido entre ellos había sido algo especial. No cabía duda de que era una actriz consumada.

Leo no podía imaginar qué lo había poseído para comportarse de una manera tan ajena a sí mismo. No entendía cómo había dejado que la situación se le escapara de las manos, ni por qué permanecía todavía al lado de la cama mirándola, cuando su prioridad debería ser darse una ducha lo más caliente posible para eliminar totalmente el olor, el sabor y el tacto de aquella piel.

Evitó justo a tiempo el deseo de tocarla, de pasarle suavemente el dedo por las mejillas y acariciar aquellos labios suaves y carnosos.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, la boca de ella se entreabrió en un gesto dulce y sensual, sonriendo en sueños posiblemente al recordar los momentos de placer.

Leo pensó que debería despertarla inmediatamente y echarla de su habitación. Miró el despertador. Eran las dos de la madrugada, y se dijo a sí mismo que era su sentido de la responsabilidad el que le impedía hacerlo. Ni siquiera para una mujer como aquella era seguro andar por ahí a esas horas de la noche. Podría pasarle cualquier cosa.

Pero de ninguna manera pensaba volver a la cama con ella. Leo se encaminó al saloncito de la suite y cerró la puerta de la habitación tras de sí. Encendió la luz, y lo primero que vio fue la jarra de cóctel casi vacía y el vaso. Leo la empujó con repugnancia hacia un lado. Así que había tenido incluso la audacia de pedir una

bebida al servicio de habitaciones, tal vez porque necesitaba infundirse valor para irse a la cama con él.

Trató de evitar caer en la trampa de sentir pena por ella. Había sabido exactamente lo que hacía. Se sentó en una de las butacas frunciendo el ceño. Estaba desvelado. Cuando su seductora se despertara, tendría una pequeña charla con ella. No iba a permitir que Jeremy Driscoll lo chantajeara para que se echara atrás en el contrato que había firmado con su suegro.

Capítulo 2

Jodi se frotó los ojos con expresión de disgusto. Tenía un sabor amargo en la boca, y le dolían la cabeza y todo el cuerpo, pero eran dos dolores distintos: en su cuerpo había un rastro de placer.

Tendió la mano instintivamente para tocar la mesilla de noche, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba en su cama.

¿Dónde estaba? Los recuerdos de ciertas imágenes y sonidos atravesaron su mente como una neblina. No podía ser verdad, ella no… Jodi miró al otro lado de la cama. Su corazón volvió a latir con normalidad cuando comprobó que estaba vacío.

Había sido un sueño, eso era todo. Y sin embargo… Se quedó helada cuando vio el inconfundible hueco de una cabeza en la almohada vecina a la suya. Temblando, se acercó hasta ella y sintió la ajena y sin embargo familiar esencia a jabón y a hombre que desprendía.

Lo que hasta aquel momento habían sido recuerdos vagos se iban haciendo más nítidos a cada latido de su corazón.

¡Era cierto! Había ocurrido allí, en aquella habitación, en aquella cama. ¿Pero dónde estaba él? Mientras dirigía la vista al cuarto de baño, Jodi se topó con su propia ropa doblada sobre la silla. Sin pararse a pensar, saltó de la cama y se vistió a toda prisa sin apartar la vista de la puerta del baño. Los recuerdos de la última noche intentaban abrirse camino a través de la resaca. No podía comprender qué la había impulsado a comportarse así. Recordó que había bebido. Cualquiera que fuesen los ingredientes de aquel cóctel, habían convertido a una mujer virgen en una hembra sedienta de sexo. ¡Virgen! Jodi se estremeció. Estaba claro que ya no lo era. No le importaba el hecho en sí, pero, cegada por el deseo, no había tomado ninguna precaución para proteger su salud y evitar… Deseó que el destino no castigara su inconsciencia cargándola con otra consecuencia que no fuera su propia humillación.

Jodi recogió su bolso y se dirigió de puntillas a la puerta de la

habitación.

Leo se estaba preguntando hasta cuándo iba a seguir aquella intrusa durmiendo en su cama. Habían pasado más de tres horas desde lo ocurrido, y seguía sin entender por qué había sido incapaz de controlar su deseo. Era cierto que había sentido una fuerte atracción por ella cuando la había visto por primera vez en el vestíbulo, pero saber quién era tendría que haber sido suficiente para dejar de sentirla.

Leo se puso rígido cuando vio cómo se abría la puerta del dormitorio.

Estaba de pie al lado de la ventana, sin moverse, y en un primer momento, Jodi no lo vio. Pero ya había amanecido, y las primeras luces de la mañana iluminaban la estancia. Cuando ella reparó en su presencia, se sonrojó. Sus mejillas se tiñeron con el color rosado de las nubes que se veían a través de la ventana.

Respirando con dificultad, Jodi echó una rápida ojeada a la puerta principal, la única vía de escape de la suite. Leo se anticipó a su idea y se colocó delante de la puerta para impedirle la salida.

Cuando Jodi lo volvió a mirar, sintió cómo su vergüenza aumentaba de intensidad. Era él, el hombre que había visto en el vestíbulo, el mismo que le había provocado los más excitantes pensamientos. Jodi miró por el rabillo del ojo la jarra de cóctel.

–Efectivamente –dijo Leo sin alterarse–. No solo has entrado ilegalmente en mi suite, sino que además has tenido la desfachatez de hacer un pedido al servicio de habitaciones. ¿Vas a pagar la cama y la bebida de tu bolsillo o vas a enviarle la factura a Jeremy Driscoll?

Jodi giró la cabeza automáticamente al escuchar el nombre del más odiado de sus vecinos. Aunque el suegro de Driscoll fuese el dueño de la fábrica y él el director, no era muy popular en el pueblo. Por suerte, los sindicatos y las autoridades habían impedido que tratara de reducir costes a costa de sus trabajadores. Lo que Jodi no entendía era qué tenía que ver aquel hombre con la humillante situación que ella estaba viviendo.

–Sé perfectamente lo que tramáis –continuó Leo con dureza–. Pero si habéis creído por un instante que voy a permitir que me

hagáis chantaje…

Jodi tragó saliva. ¿De verdad creía Leo Jefferson que ella era ese tipo de persona? En cualquier caso, la verdad era casi peor. ¿Cómo explicar que había bebido tanto que no había sabido lo que estaba haciendo? Una mujer en su posición, responsable de la educación de las mentes de los niños, se había ido a la cama con un completo desconocido. Jodi se estremeció al imaginar qué pensarían los padres de sus alumnos de su comportamiento, por no mencionar al Consejo Escolar.

–Ya puedes irte con tu patrón –continuó Leo con frialdad–. Y dile de mi parte que, aunque hayas cumplido muy bien su encargo, no pienso cancelar el contrato. Dile que no podrá utilizar contra mí una noche de sexo profesional, que es todo lo que me ha proporcionado.

Leo la miró por el rabillo del ojo para observar cómo reaccionaba ante sus palabras.

Se había puesto muy pálida, y había en sus ojos una mirada que, en otras circunstancias, Leo habría jurado que reflejaba angustia.

Jodi trató de entender lo que estaba escuchando. Por el momento, dejaría a un lado la crueldad de sus insultos, ya pensaría sobre ellos a solas. Pero las referencias a Jeremy Driscoll y su supuesta conexión con ella le resultaban desconcertantes.

Abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera articular palabra, Leo continuó con su discurso.

–No se quién eres, ni entiendo por qué te ganas la vida de una manera tan autodestructiva.

Jodi sintió de pronto un profundo alivio. No sabía quién era ella. Con un poco de suerte, podría mantener a salvo su reputación y su orgullo. Nadie, excepto ellos dos, tendría por qué saber lo que había ocurrido.

Había renunciado por completo a su propósito inicial. ¿Cómo iba a hablarle en aquel momento del futuro de su escuela? Jodi sintió el peso de otro fardo de culpabilidad. No solo se habían derrumbado todos sus principios, sino que además había arrastrado con ellos a sus alumnos. Seguía sin entender con claridad qué había pasado exactamente. Había bebido mucho, era cierto, pero aquello solo no justificaba su comportamiento.

Mientras la miraba esperando una respuesta, Leo pensó que su

silencio era otro de sus trucos. Y en cuanto a la angustia que le había parecido leer antes en su rostro, estaba claro que formaba parte de la actuación.

–Tengo que irme. Por favor, déjame pasar.

La suavidad de su voz le recordó a Leo la manera en que había gemido de deseo durante la noche. ¿Qué diablos le estaba pasando? ¡No era posible que siguiera deseándola!

Leo no se movió de donde estaba. Ella se dirigió con determinación a la puerta. Se había enfrentado muchas veces a una clase repleta de adolescentes sin dejar que el miedo la venciera. Así que seguro que podría con un hombre cualquiera. Pero la palabra «cualquiera» en relación con Leo casi le hizo reír con amargura. Aquel hombre no podría ser nunca un «cualquiera» en ningún aspecto.

«Tiene agallas», reconoció Leo mientras Jodi avanzaba hacia él. Iba en contra de todos sus principios impedirle la salida por la fuerza, aunque le molestaba dejarla marchar sin dejarle aún más claro lo que pensaba de ella y del hombre que le había pagado.

Un segundo más y habrían estado tan juntos que sus cuerpos se hubieran rozado. Pero Leo finalmente se apartó para dejarle paso. Exhalando un profundo suspiro de alivio, Jodi agarró el picaporte.

–Una cosa más –dijo él–. Si te atreves a contar lo que ha pasado entre nosotros, te aseguro que cualquier problema que eso me cause lo sufrirás tú multiplicado por diez.

Jodi no contestó. No podía hablar. Aquella era la experiencia más dolorosa y humillante que había vivido jamás. Pero parecía que Leo Jefferson no había terminado con ella todavía. Cuando hubo salido al pasillo, la agarró de la muñeca. Jodi sintió una descarga eléctrica que le recorrió todo el cuerpo.

–Si hubieras sido más lista, habrías vendido tu historia en donde te hubieran pagado mejor.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Jodi sin poder evitarlo, aunque lo último que habría deseado hubiera sido abrir la boca.

–Que me sorprende que no hayas intentado pedirme por tu silencio más dinero del que te paga Driscoll por tus servicios –contestó Leo con una sonrisa cínica.

Jodi no daba crédito a lo que estaba oyendo.

–No hay dinero en el mundo que pueda compensarme por lo que

he pasado esta noche –dijo con aspereza.

Y antes de darle la oportunidad de decir algo que pudiera herirla aún más, Jodi consiguió soltarse la muñeca y salir a toda prisa por el pasillo para dirigirse al ascensor.

Una chica con el uniforme del hotel la vio salir de la suite de Leo, pero Jodi estaba demasiado absorta en sus pensamientos como para percatarse de su presencia.

Leo la vio marcharse. Estaba furioso. ¿De verdad creía que era tan estúpido como para tragarse semejante mojigatería? En su propio cuerpo tenía las pruebas de que la realidad era muy distinta de lo que ella había dicho.

Para su tranquilidad, nadie se fijó en ella cuando atravesó a toda prisa el vestíbulo del hotel. El personal estaba acostumbrado al ir y venir de los huéspedes.

La luz del sol matinal le hirió momentáneamente la vista. Mientras conducía por la carretera principal, Jodi pensó que lo primero que iba a hacer al llegar a casa sería darse una buena ducha. Y lo segundo, escribirle una carta a Leo Jefferson para hablarle de la necesidad de mantener la fábrica abierta. Dadas las circunstancias, no pensaba tener ningún contacto personal con él.

Y lo tercero que pensaba hacer era meterse en la cama, dormir, y borrar de la mente lo que había pasado entre ellos. Lo arrojaría a un rincón de la memoria y cerraría con llave para que nadie pudiera volver a entrar jamás.

Jodi abrió la puerta de su casa. Era una más de la hilera de ocho casitas construidas en el siglo XXVIII con un pintoresco jardincito que daba a la calle y un terreno en la parte de atrás. Cerró la puerta tras ella y subió las escaleras.

La despertó el ruido del teléfono. Alcanzó el auricular medio dormida y miró el reloj: Eran más de las diez de la mañana. Era sábado, y a esas horas debería estar en el mercado haciendo la compra semanal antes de reunirse con sus amigos para comer.

Por suerte, aquel día no había quedado con nadie.

Los músculos del estómago de Jodi se tensaron mientras se

acercaba el teléfono al oído. Pero sabía que era imposible que la llamada fuera de Leo Jefferson. Gracias a Dios, él no conocía su verdadera identidad. Aunque no quiso reconocerlo, una sensación parecida a la desilusión recorrió su cuerpo cuando oyó la voz de su primo Nigel al otro lado del teléfono.

–Por fin –lo oyó decir–. Es la tercera vez que llamo. ¿Cómo te fue con Leo Jefferson? Me muero por saberlo.

Jodi respiró profundamente. El corazón le latió con fuerza mientras notaba cómo la culpa y la vergüenza se apoderaban de ella. Le sudaban las manos: nunca se le había dado bien mentir.

–No pude –admitió con voz ronca.

–¿Te rajaste? –aventuró Nigel

–Yo… estaba cansada y… –comenzó a excusarse.

–No te preocupes. Tu primo ha venido a rescatarte –dijo Nigel comprensivo–. Mi jefe me ha invitado a cenar esta noche. Va a reunirse con Leo Jefferson la próxima semana, y si vienes conmigo a la cena y le cuentas el caso, estoy seguro de que le mencionará el tema de la escuela.

–Eres muy amable, Nigel pero yo… –comenzó a excusarse Jodi.

No estaba de humor para salir a cenar con el concejal de urbanismo.

–No acepto un no por respuesta –insistió su primo–. Graham, mi jefe, tiene muchas ganas de conocerte. Su nieto es alumno tuyo.

–De verdad que no puedo –protestó Jodi.

–Claro que puedes. Tienes que ir. Piensa en tu escuela –dijo Nigel–. Te recogeré a las siete y media.

Y colgó el teléfono antes de que ella pudiera decir nada más.

Jodi contempló la pantalla del ordenador. Se había pasado la tarde escribiendo la carta que pensaba mandarle a Leo Jefferson. La resaca había desaparecido, pero cada vez que intentaba concentrarse, la imagen de Leo aparecía en su mente una y otra vez. Y no era solamente su rostro lo que su cerebro se empeñaba en recordar. Jodi se puso tan roja como las petunias que su vecina tenía en la ventana. Las macetas de Jodi se inclinaban más por las gamas verdes y grises, en la línea del tono plateado de los ojos de Leo Jefferson.

Sus mejillas enrojecieron aún más cuando fijó la vista en la pantalla y se dio cuenta de que había encabezado la carta diciendo: «Querido ojos bonitos»:

Jodi borró aquellas palabras y comenzó de nuevo. Era muy importante que le transmitiera a Leo Jefferson las consecuencias que tendría el cierre de la fábrica para toda la comunidad. Si consiguiera poner al jefe de Nigel de su parte, sería de gran ayuda. Aunque era consciente de que estaría mejor pagada en un colegio privado, había luchado tanto por mantener abierta la escuela, que nada podía comparase al orgullo que sentía, no por ella misma, sino por el esfuerzo que habían hecho los alumnos y sus familias para apoyar la escuela. Eran un equipo. Y había comprobado lo importante que era para los niños crecer en una atmósfera de amor y seguridad en un lugar en el que eran valorados como individuos. Pero tratar de explicarle todo aquello a Leo Jefferson estaba resultando más difícil de lo que esperaba. Tenía la sospecha de que él ya había tomado una decisión, y seguro que la destrucción de una pequeña comunidad no le importaba en absoluto en comparación con el beneficio económico. O tal vez le resultaba difícil exponer sus ideas con claridad porque solo podía pensar en la noche anterior y la manera en que la habían pasado juntos. Cada hora que pasaba se le hacía más difícil comprender lo que había hecho. No solía comportarse así, y la prueba estaba en que Leo Jefferson había sido su primer y único amante.

Se levantó de la silla y comenzó a recorrer el salón con pasos nerviosos. No podía negar que le habían gustado las caricias de Leo, su manera de hacer el amor. Para defenderse a sí misma, se dijo que había estado medio dormida y además bebida, pero recordó también cómo había reaccionado la primera vez que lo vio. Y en aquel momento había estado sobria y totalmente despejada.

Eran casi las seis. No había terminado la carta, pero tenía que arreglarse para la cena. Nigel se estaba tomando muchas molestias por su causa, y debería agradecérselo. Pero lo único que le apetecía era quedarse en casa escondida hasta que llegara a una conclusión sobre lo que había hecho.

Capítulo 3

Leo compuso una mueca de disgusto mientras se pasaba la mano por la barbilla recién afeitada. No tenía ningunas ganas de salir a cenar, pero cuando Graham Johnson, el concejal de urbanismo del ayuntamiento, lo había telefoneado para invitarlo a su casa, no había podido negarse.

Era bueno para el negocio establecer relaciones amistosas con las autoridades locales. Ya conocía a Graham y le caía muy bien. Cuando el concejal le dijo que le iba a presentar a una persona muy interesante, pensó que no le parecería bien que no asistiera. Además, le vendría bien salir. Así dejaría de pensar en la sensualidad de aquella mujer que le estaba resultando tan difícil olvidar.

Jeremy Driscoll no se había puesto en contacto con él hasta el momento. Leo confiaba en que se hubiera dado cuenta de que no iba a poder coaccionarle, pero al mismo tiempo dudaba de que Driscoll se hubiera dado por vencido. Si había pagado a su cómplice para que hiciera su trabajo, seguramente querría sacarle rendimiento a su dinero. ¿Conocería Driscoll de primera mano las virtudes sexuales de su cómplice? Fue un impacto descubrir que aquella idea se le hacía insoportable. Era una locura sentirse dueño de una mujer como aquella, una mujer al alcance de cualquiera. Sin quererlo, Leo recordó la manera en que el cuerpo de aquella extraña lo había reclamado, abrazándolo de tal modo que parecía que no hubiera estado nunca con ningún otro hombre. Definitivamente, se estaba volviendo loco.

–No me estás escuchando.

Jodi le dedicó a su primo una mirada de disculpa mientras Nigel paraba el coche en la puerta de la casa del concejal.

–La verdad es que estás muy rara –dijo Nigel mirándola con inquietud–. ¿Estás preocupada por la escuela?

Sin contestar a su pregunta, Jodi exhaló un profundo suspiro antes de plantearle la cuestión que la había estado torturando.

–Nigel, ¿en qué diablos estabas pensando cuando me pediste aquel cóctel? –preguntó–. Sabes que no bebo, y no se me ocurrió pensar que aquello podía tener alcohol, así que…

–Espera un momento –protestó él–. Yo no te pedí nada con alcohol. Dije que te subieran un cóctel de frutas. No debieron entenderme bien. Pero supongo que no seguirías bebiendo después del primer trago, ¿no?

Antes de que Jodi se viera obligada a mentir, Nigel la tomó del brazo y se encaminó con decisión hacia la puerta principal. Graham Johnson los estaba esperando.

–Tú debes de ser Jodi –dijo aquel hombre alto, de pelo gris y sonrisa cálida–. He oído hablar mucho de ti. Mi nieto es uno de tus más fervientes admiradores, y mi hija está encantada de comprobar cómo ha mejorado su rendimiento desde que está en tu escuela.

Jodi sonrió ante el halago. Mientras seguía a Graham dentro de la casa, algo de la tensión que tenía dentro pareció liberarse.

Mary Johnson resultó ser tan encantadora como su marido.

–Nuestra hija nos ha contado que hay padres que piden plaza en tu escuela para sus hijos nada más nacer –le comentó Mary a Jodi.

–Yo no diría tanto –dijo Jodi riendo–. Pero tenemos mucho prestigio. Y por suerte estamos por encima de la media de alumnos necesaria para mantener la escuela abierta. A no ser que se cierre la fábrica, claro.

–Esa decisión solo la puede tomar Leo Jefferson –dijo Graham con amabilidad–. Por eso lo he invitado a cenar con nosotros esta noche. Creo que es bueno que los dos habléis del tema en una reunión informal. Y no está tan claro que vaya a cerrar nuestra fábrica: de las cuatro que ha comprado, creo que solo tiene pensado cerrar dos.

Jodi no lo escuchaba. Había perdido el hilo desde el momento en que escuchó las palabras fatales: «Lo he invitado a cenar con nosotros esta noche». Tendría que estar en la misma estancia que él, incluso tendrían que compartir mesa.

Cuando oyó el timbre de la puerta, Jodi se sintió enferma. Estaba paralizada por el miedo. Fijó la vista en los ventanales: tal vez pudiera escapar por allí. Pero ya era demasiado tarde. Graham

estaba entrando en el salón acompañado de Leo Jefferson, el hombre con el que ella había pasado la noche. Su amante.

Leo había escuchado educadamente a su anfitrión mientras Graham le mostraba el camino hacia el salón, abría la puerta y lo invitaba a pasar. Le presentó entonces al resto de los invitados, pero en cuanto traspasó el umbral de aquella estancia, Leo fue incapaz de oír nada más. Solo pudo mirar a Jodi con una mezcla de furia e incredulidad.

Ella estaba de pie junto al ventanal. Cualquiera que no la conociera podría pensar que parecía una mártir a punto de ser llevada a la guillotina. Sus ojos reflejaban miedo y angustia mientras lo miraba en silencio.

¿Qué estaba haciendo ella allí? Entonces, Graham se la presentó como la directora de la escuela. Leo sintió como si todo aquello formara parte de una representación. Las cosas eran diferentes en el campo, pero seguro que no tanto como para que la directora de la escuela se convirtiera en prostituta por las noches.

Leo sintió no solo una inmediata antipatía por el hombre que estaba al lado de Jodi, sino también un furibundo ataque de celos.

–Y este es Nigel Marsh, mi ayudante y primo de Jodi –explicó Graham.

«Su primo», pensó Leo con alivio.

–¿Qué te ha parecido mi sorpresa? –susurró Nigel al oído de Jodi.

Jodi le dedicó una sonrisa lánguida.

–¿Quieres una copa, Jodi? –le preguntó Graham.

–No, gracias, no bebo –respondió ella automáticamente antes de sonrojarse al darse cuenta de la mirada que le lanzó Leo.

–Siempre ha sido muy estricta, antes incluso de ser profesora –le comentó Nigel a Graham con humor–. Yo siempre le digo que tiene que soltarse un poco, disfrutar de la vida y dejarse llevar.

Jodi no quería volver a mirar a Leo Jefferson, pero no pudo evitar levantar los ojos hacia él. Para su sorpresa, había acortado la distancia entre ellos, y mientras Nigel hablaba con los Johnson, se inclinó sobre ella.

–Menudo cambio de personalidad has conseguido en menos de

veinticuatro horas –susurró con sarcasmo.

–Por favor… –suplicó Jodi, preocupada porque el resto de los invitados pudieran oírle.

–Ese «por favor» me resulta familiar. Se parece mucho al que repetías ayer por la noche –le recordó Leo sin alzar la voz.

–Basta –exigió Jodi–. Tú no entiendes nada.

–Tienes toda la razón –admitió Leo–. Dime una cosa: ¿Saben tus superiores que por la noche te transformas en prostituta? Había oído que los profesores no están muy bien pagados, pero nunca imaginé que aumentaran sus ingresos con ese tipo de clases particulares.

–¡Tú no… !

Jodi tenía intención de decirle que estaba completamente equivocado, pero la vehemencia de sus palabras alertó a Nigel, que interrumpió su conversación para mirarla preocupado. Sabía lo importante que era la escuela para ella, pero no esperaba que empezara tan pronto a discutir con Leo Jefferson. Antes de que Nigel interviniera, Mary anunció que la mesa estaba servida.

–Esto estaba delicioso –comentó Nigel antes de comerse su último trozo de pudin–. Vivir solo esta muy bien, pero el microondas no puede reemplazar a la comida casera. Yo no hago más que decírselo a Jodi, pero no capta la indirecta –comentó de broma.

–Si quieres comer comida casera, deberías aprender a cocinar –replicó Jodi–. En la escuela no hacemos distinciones entre niños y niñas a la hora de enseñar.

–Eso es estupendo –dijo Mary dirigiéndose a Leo–. Jodi ha hecho maravillas con la escuela.

Jodi sintió cómo se le subían los colores cuando Leo la miró. La velada había sido una completa pesadilla, y Jodi estaba deseando que tocara a su fin cuanto antes.

–Es cierto. Jodi es una apasionada de su escuela –intervino Nigel.

–¿Apasionada? –inquirió Leo.

Jodi esperaba que solo ella hubiera captado el desprecio con que pronunció aquella palabra. Tenía los nervios destrozados. ¿Acaso

Leo Jefferson iba a descubrirla?

–Estoy seguro de que lo es –continuó Leo para alivio de Jodi.

–Creo que le preocupan las consecuencias que tendrá para la escuela si decides cerrar la fábrica de Frampton –intervino Graham con una sonrisa–. No es ningún secreto que tienes pensado cerrar una o incluso dos factorías.

Leo le lanzó una mirada glacial.

–No he tomado todavía ninguna decisión al respecto –replicó con aspereza.

–¿Pero estás pensando en cerrar nuestra fábrica? –preguntó Jodi sin poder contenerse.

Leo frunció el ceño. Ella no le había dirigido la palabra en toda la noche, ni siquiera lo había mirado, pero podía sentir sus nervios y también toda la hostilidad que parecía tener hacia él. ¿Y aquella mujer de doble vida estaba al cargo de la educación de mentes jóvenes y tiernas? Era muy inteligente, los tenía a todos engañados y había conseguido ganarse la confianza y el respeto de la comunidad. Si él les revelara la verdad… pero no iba a hacerlo. Después de todo, no estaba precisamente orgulloso de su propio comportamiento.

¿Pero por qué lo habría hecho? ¿Por dinero, porque le gustaba jugar con fuego, o por ayudar a Jeremy Driscoll?

Jodi sintió cómo le atravesaba la mirada de profundo desprecio que le lanzó Leo.

–Nos sentiríamos muy decepcionados si decides cerrar nuestra fábrica –oyó decir a Graham–, pero entiendo que la factoría de Newham tiene la ventaja de estar más cerca de la autopista.

–Por desgracia, todo se reduce a una cuestión económica –dijo Leo–. El mercado no es lo suficientemente grande para varias fábricas que trabajen el mismo producto.

Jodi había escuchado demasiado. El deseo de proteger su escuela sobrepasó el miedo y la vergüenza que la habían mantenido en silencio durante toda la velada.

–Me parece que sería más sincero decir que la economía a la que te refieres es la que afecta a tus propios beneficios –dijo con acritud mirando a Leo.– ¿Eres consciente del dolor que vas a causar? Hay familias enteras que dependen de la fábrica: Padre, madre, abuelos, tíos… ¿Acaso no te importa nada más que ganar dinero?

Un profundo silencio siguió a las palabras de Jodi. Nigel le lanzó una mirada de advertencia.

–Entendemos cómo te sientes, Jodi –dijo Graham pausadamente–. Pero me temo que no se pueden ignorar los beneficios económicos. Leo compite en un mercado global, y si quiere tener éxito…

–Hay cosas mucho más importantes que los beneficios –lo interrumpió Jodi, incapaz de callarse una vez que se había decidido a hablar.

–¿Como por ejemplo? –preguntó Leo con aspereza–. ¿Mantener en tu escuela el número suficiente de alumnos para impresionar a la Consejería de Educación?.

–¿Cómo puedes decir eso? –replicó Jodi furiosa–. A mí solo me interesan los niños, su educación y su futuro. En cambio tú…

–En cambio yo intento sacar un negocio adelante –la interrumpió Leo bruscamente–. Tú solo tienes una visión parcial, pero yo tengo que mirar el cuadro entero. Si mantuviera abiertas todas las fábricas, ninguna de ellas sería competitiva y tendría que retirarme del negocio. Se perderían muchos más puestos de trabajo que si cierro solamente dos de ellas.

–No te importa nada, ¿verdad? –lo retó Jodi–. Te da igual la miseria que vas a provocar.

Sabía que estaba yendo demasiado lejos, y tanto Nigel como Graham la miraban con preocupación, pero no podía evitarlo. La tensión que había acumulado durante toda la cena la había superado. Estaba inmersa en una espiral autodestructiva que no era capaz de controlar.

–Lo que me importa es mantener mi negocio –contestó Leo con desdén.

–A eso me refiero –le espetó Jodi curvando los labios–. ¿No te das cuenta de que lo que estás haciendo es completamente inmoral?

Jodi se puso tensa al oír el suspiro colectivo del resto de los comensales.

–¿Y tú te atreves a acusarme de inmoral? –saltó Leo.

Jodi se preguntó si los demás se habrían dado cuenta del énfasis que Leo había puesto en la palabra «tú».

–Jodi, cariño –intervino Graham sintiéndose un tanto incómodo–. Me parece muy bien que seas tan vehemente, pero Leo

tiene razón. Por supuesto que su negocio tiene que ser competitivo.

–Por supuesto –dijo ella mirando a Leo con sarcasmo.

Nigel se estaba levantando y diciendo que ya era hora de marcharse, pero mientras Graham le apartaba la silla, Jodi no pudo contenerse.

–Al final todo se reduce al dinero, ¿verdad? –le preguntó a Leo, retadora.

–Tú deberías saberlo –contestó él con suavidad sin dejar de mirarla.

Leo se levantó de la mesa, y continuó hablando mientras esperaban a que Mary les llevara las chaquetas.

–Y por cierto, puedes decirle a tu amigo Driscoll que…

–Jeremy Driscoll no es amigo mío –lo interrumpió Jodi–. Por si te interesa, te diré que lo detesto casi tanto como a ti.

Jodi temblaba mientras le daba a Mary las gracias y se ponía la chaqueta antes de abandonar la casa. Una vez fuera, esperó al lado del coche a que Nigel terminara de hablar con los anfitriones. Estaba muy enfadada, y empezaba a notar los efectos de haber visto a Leo Jefferson y haber discutido con él en público de aquella manera.

Apoyada en el coche de espaldas a la casa, Jodi oyó el sonido de los pasos de Nigel en la gravilla.

–Sácame de aquí –le dijo con rabia sin darse la vuelta para mirarlo.

–¿Dónde quieres que te lleve? Déjame adivinarlo…

Jodi se dio la vuelta y soltó un grito ahogado cuando se dio cuenta de que no era Nigel quien estaba a su lado entre las sombras de los árboles, sino Leo Jefferson.

–Mantente lejos de mí –le advirtió furiosa.

Sin darse cuenta, Jodi se adentró en las sombras mientras daba un paso hacia atrás para distanciarse de él.

–Deja de fingir –se burló Leo–. Ahora no tienes público.

–Tú no sabes nada –replicó ella casi temblando.

–No era eso lo que me decías ayer por la noche –le recordó Leo.

–Ayer de noche no sabía lo que estaba haciendo –replicó Jodi con un hilo de voz–. Eres el último hombre del mundo con el que hubiera querido compartir una de las experiencias más importantes de mi vida.

Jodi no era plenamente consciente de lo que le estaba revelando. Se estaba dejando llevar por una emoción incontenible.

Por su parte, Leo estaba también tan exaltado, que no podía procesar con claridad el significado de las palabras que estaba escuchando.

–Te has dejado esto –dijo tendiéndole el bolso que Jodi se había dejado dentro–. Tu primo sigue hablando con Mary y con Graham y me pidió que te lo trajera. Me imagino que querría darte la oportunidad de que te disculparas en privado por tu mala educación.

–¿Mi mala educación? –replicó indignada mientras tendía la mano para recoger el bolso.

Jodi sintió un escalofrío helado cuando las yemas de sus dedos tocaron accidentalmente la mano extendida de Leo. El tacto de su piel le envió un sinfín de descargas eléctricas que recorrieron todo su cuerpo.

–No me toques –protestó.

Jodi dejó caer el bolso mientras exhalaba un sordo gemido y se acercaba a él en el mismo momento en que él se aproximaba a ella. Leo la estrechó contra sí, y aquel contacto le resultó tan familiar que el cuerpo de Jodi reaccionó instintivamente. Levantó la vista y lo miró con la boca entreabierta. La boca de Leo le quemó en los labios como una brasa, y sintió cómo el cuerpo de aquel hombre temblaba mientras le acariciaba la suave piel de los brazos. Pero cuando Leo comenzó a recorrer sus labios con la lengua, pareció cambiar súbitamente de opinión. La apartó de sí con brusquedad y se marchó.

Transcurrieron varios segundos hasta que Jodi consiguió dejar de temblar y reunió fuerzas para agacharse a recoger el bolso. Entonces oyó la voz de Nigel llamándola.

–Siento el retraso –se disculpó mientras abría el coche–. ¿Te sientes mejor ahora que has dicho todo lo que pensabas?

–¿Mejor? –preguntó Jodi con aspereza mientras se metía en el coche–. ¿Cómo voy a sentirme mejor después de tener que pasar una velada con ese… ?

–Entiendo cómo te sientes, Jodi, pero enfrentarte a Leo Jefferson no va a mejorar las cosas –dijo Nigel–. Es un empresario, y tienes que intentar ver las cosas desde su punto de vista.

–¿Por qué debería hacerlo si él no quiere verlas desde el mío? –preguntó Jodi retadora.

–Hay un refrán que dice que se cazan más moscas con miel que con vinagre –le recordó Nigel.

–¿Por qué no pueden seguir las cosas como hasta ahora? –se quejó Jodi–. Todo iba bien cuando los Driscoll eran los dueños de la fábrica.

–No creas –dijo Nigel.

Pero cuando Jodi lo miró con interrogación, su primo hizo un movimiento de negación con la cabeza. Ya había dicho demasiado. Hasta que no se confirmaran las sospechas, no podía contarle que Jeremy Driscoll parecía estar llevando a cabo prácticas fraudulentas en la empresa.

–Leo Jefferson es el hombre más odioso y arrogante que he visto en mi vida –dijo Jodi cambiando de tema–. Me gustaría… me gustaría…

Incapaz de especificar qué le gustaría, Jodi se mordió el labio y miró por la ventanilla. Ya habían llegado al pueblo, y enseguida estaría en casa.

Leo miró con expresión seria el suelo del saloncito de su suite. Había tenido la feliz idea de llamar a recepción para que lo cambiaran de habitación. La otra le recordaba demasiado a la noche anterior y a ella. A Jodi Marsh, la enfurecida mujer que por arte de magia había pasado de ser la criatura sensual que había compartido su cama a convertirse en una enemiga furiosa que había tenido el valor de acusarlo de «inmoral». Leo no sabía cómo había podido contenerse para no obligarla a explicarse allí mismo.

Y en cuanto a sus comentarios sobre el presunto cierre de la fábrica… ¿De verdad creía que a él le gustaba dejar a la gente sin trabajo? Por supuesto que no, pero no se podían ignorar los factores económicos.

Al menos esperaba que no se le pasara por la cabeza regresar aquella noche a visitarlo por segunda vez. Pero si lo hacía, se encargaría de demostrarle que no iba a ser tan vulnerable a sus encantos como la noche anterior. De ninguna manera.

Capítulo 4

Me has empujado. –No, yo no he sido. Jodi intervino dulce, pero firmemente en la pelea provocada por uno de sus alumnos más problemáticos. El pequeño Ben Fanshawe, de siete años, sería un niño mucho más sociable y más feliz si lo dejaran a su aire. Jodi había tratado de hablar con su madre sobre el tema, pero Myra Fanshawe, una mujer con pretensiones de subir en la escala social, le había dejado muy claro que habría preferido que su hijo asistiera a un colegio privado, pero que por el momento no tenía más remedio que mantenerlo en la escuela del pueblo. Myra era muy amiga de Jeremy Driscoll y su esposa, y había removido cielo y tierra para conseguir que la nombraran presidenta del Consejo Escolar. No cesaba de bombardear a sus miembros y a la propia Jodi con sus ideas sobre cómo mejorar la escuela. Recientemente había intentado imponer un método de enseñanza para las matemáticas, pero no lo había conseguido, y le había dejado muy claro a Jodi que se había ganado una enemiga.

Cuando sonó el timbre que ponía fin al recreo, Jodi volvió a la realidad. Había estado tan concentrada en sus pensamientos, que casi había conseguido apartar a Leo Jefferson de su mente. Casi.

Leo se puso tenso cuando oyó el sonido del móvil. Iba en el coche de camino a encontrarse con su contable en la fábrica de Frampton, la misma que había provocado su acalorada discusión con Jodi el sábado anterior.

No reconocía el número que aparecía en la pantalla. Leo frunció el ceño. Si Jodi lo estaba llamando para intentar… Pulsó la tecla de «manos libres», pero la voz que preguntó por él no era la de Jodi. Pertenecía a Jeremy Driscoll.

–Hola, amigo. He decidido llamarte para ver si podemos vernos. Ya que vas a cerrar al menos dos fábricas, te tengo preparada una buena oferta para volver a comprarte Frampton.

–¿Comprarla? –preguntó Leo con aspereza.

Estaba esperando que Jeremy lo amenazara con chantajearlo para forzarlo a aceptar, pero, para su sorpresa, no hizo ninguna referencia a Jodi ni a la visita que esta había hecho a su cama. Y sin embargo, por alguna razón que Leo desconocía, Jeremy no quería bajo ningún concepto que se llevara a cabo la venta.

–Todavía no he decidido qué fábricas voy a cerrar –contestó Leo.

–Está claro que debería ser Frampton. Eso lo sabe cualquiera –insistió Driscoll.

Leo notó un deje de ansiedad en las palabras de Jeremy.

–Te llamaré cuando haya tomado una decisión –dijo Leo por toda respuesta.

Apretó la tecla y puso fin a la llamada. Estaba llegando a la fábrica. Leo frunció el ceño con más fuerza. Le desconcertaba que Jeremy Driscoll no hubiera dicho ni una palabra sobre Jodi. No era de los que dejarían pasar una oportunidad como aquella. Y si bien Leo sabía que no se iba a dejar chantajear, seguía estando en una posición muy vulnerable. Aunque tenía que reconocer que la de Jodi era una situación mucho más delicada. ¿Qué diablos la habría llevado a comportarse de aquella manera?

–¿Me estás diciendo que tendría que cerrar esta fábrica? –le preguntó Leo a su contable al terminar el tour por la factoría de Frampton.

–Es la elección más lógica. Newham está mucho más cerca de la carretera –aseguró el asesor.

–Eso significa que se la podría traspasar a un contratista de transportes –lo interrumpió Leo–, lo cual me permitiría consolidar la producción en Frampton y utilizar Newham solo como centro de distribución.

–Eso podría ser una opción –reconoció el contable.

–Además, Frampton cuenta con la ventaja de tener una nueva cadena de producción –continuó Leo.

–Lo sé. Al parecer, un incendio destruyó la antigua, lo que me lleva a otra conclusión –dijo el contable con precaución–. Hay un par de cosas que no me encajan.

–¿De qué se trata? –preguntó Leo con curiosidad.

–Ha habido dos incendios en muy poco tiempo, y también se han encontrado ciertas anomalías en la contabilidad.

–¿Me estás diciendo que hay indicios de fraude? –preguntó Leo.

–No estoy muy seguro. No encontramos nada en las cuentas que nos entregaron cuando compramos la fábrica, pero me da la impresión de que aquella no era la única contabilidad.

Leo se preguntó si su asesor financiero no habría dado con la razón por la cual Jeremy Driscoll se mostraba tan reacio a deshacerse de la fábrica.

–Yo conozco a un contratista que podría estar interesado en Newham –continuó el contable.

–A lo mejor establezco allí mi propia red de distribución –lo interrumpió Leo–. Creo que es importante controlar todos los aspectos del negocio.

¿Qué diablos estaba haciendo? Leo reconoció que estaba buscando todos los argumentos posibles para mantener Frampton abierta. ¿Acaso se estaba dejando influir por la opinión de una mujer que no entendía ni una palabra de negocios? Aunque era una experta en complacer a los hombres. O más bien en volverlos locos. Enfadado, Leo apartó de sí aquellos pensamientos.

Se despidió de su contable en la puerta de la fábrica. Era casi la hora de comer. Leo recordó que había una cafetería en el pueblo. Si decidía cambiar de planes y mantener Frampton abierta, se vería obligado a pasar mucho tiempo en la zona, al menos varios meses. Tendría que alquilar un sitio para vivir.

La cafetería estaba enfrente de la iglesia. Y, separada de esta por el cementerio y un patio, se encontraba la escuela. La escuela de Jodi. Era la hora del recreo, y el patio estaba lleno de niños. Leo aparcó el coche y se bajó con intención de encaminarse a la puerta de la cafetería. Pero la visión de un grupo de niños arremolinados en torno a una figura familiar lo detuvo.

Los rizos de Jodi brillaban bajo los rayos de sol. Llevaba puesta una blusa de algodón y una falda que cubría sus piernas desnudas. Leo la vio reírse con algún comentario de sus alumnos, echando la cabeza hacia atrás mientras mostraba la línea del cuello, aquel cuello suave y cremoso que él había besado y acariciado.

Sintió cómo su cuerpo reaccionaba con sensualidad. Seguía deseándola.

Ella parecía muy cómoda en su papel, y Leo advirtió que los niños también parecían sentirse bien. Y en aquel momento, como si algo le hubiera revelado su presencia, Jodi miró hacia él. Su cuerpo pareció congelarse, y la alegría se desvaneció de su rostro mientras sus miradas se enfrentaban en silencio a través de la distancia que los separaba.

Como si hubieran notado la hostilidad, los niños también se quedaron quietos y callados. Leo vio cómo Jodi los apremiaba a abandonar el patio y entrar en clase.

La cafetería estaba abarrotada, pero él no prestó atención a ninguno de los clientes. No podía dejar de pensar en Jodi, y eso le hacía preguntarse de nuevo qué diablos le estaba sucediendo. Comió con rapidez, pero a pesar de sus esfuerzos, no logró desprenderse de la imagen de Jodi rodeada de niños.

Cuando regresó al coche, Leo se dio cuenta de que el patio estaba en aquel momento completamente vacío. Mientras conducía hacia el centro, Leo se preguntó, molesto consigo mismo, si no tenía suficientes cosas en las que pensar como para estar obsesionado con una maestra de escuela.

–No tenemos habitualmente muchas casas para alquilar –le informó a Leo el agente inmobiliario–. Pero da la casualidad de que ahora tenemos una encantadora casa georgiana en las afueras de Frampton. ¿Conoce usted el pueblo?

–Si –respondió Leo con cierta sequedad.

–Yo mismo vivo allí –continuó el agente–. Si tiene usted hijos, le recomiendo sin ninguna duda la escuela local. La directora, Jodi Marsh, es una maravilla.

–Conozco a Jodi –lo interrumpió Leo con brusquedad.

–¿De veras? –dijo el agente observándolo con disimulo–. Si es usted amigo de Jodi, será muy bien recibido en el pueblo. Es igual de querida por los padres que por los hijos, y se lo merece. Consiguió recaudar el dinero suficiente para comprar el parque adyacente a la escuela y evitar así que Jeremy Driscoll construyera allí un edificio. No se ganó la simpatía de Jeremy, pero a Jodi nunca le ha caído muy bien, como supongo que usted ya sabrá…

El agente volvió a mirarlo con curiosidad, pero Leo estaba tan ocupado analizando su anterior comentario sobre la antipatía de Jodi por Driscoll que no se dio cuenta.

–¿Le gustaría ver la casa? –preguntó el agente.

Leo se dijo a sí mismo que era una locura no vivir al menos a cien kilómetros de distancia de Jodi Marsh, pero por alguna extraña razón aceptó la sugerencia del agente de visitar la casa cuanto antes.

–Tengo la impresión de que Jeremy Driscoll no es muy querido por aquí, ¿verdad? –le preguntó Leo al agente cuando llegaron a la puerta de la maravillosa casa georgiana.

–No, la verdad es que no –reconoció el hombre–. Aunque esté casado, Jeremy es un seductor. Y Jodi es conocida por su estricto código moral, así que supongo que le hizo notar claramente que sus acercamientos no eran bienvenidos.

Leo intentó asimilar aquella nueva información mientras el agente le hablaba de la casa.

–Fue construida para el hijo de un terrateniente de la zona. Conserva toda la decoración original, es una verdadera joya. La dueña murió hace unas semanas, y sus herederos quieren venderla en cuanto arreglen todo el papeleo. Si tuviera dinero, yo mismo haría una oferta. ¿Entramos?

El agente tenía razón. La casa era una auténtica joya. Él mismo la habría comprado si hubiera estado buscando una vivienda permanente. Pero mientras regresaban a la oficina para firmar el contrato de alquiler no era la casa lo que ocupaba sus pensamientos, sino las revelaciones que el agente había hecho acerca de Jodi.

¿Por qué pensaba todo el mundo que era el parangón de todas las virtudes? ¿Acaso era él quien estaba equivocado? Mientras regresaba al hotel, la sombra de una duda lo hizo sentirse inquieto. ¿Era una actitud realista pensar que todos los demás estaban equivocados y él tenía razón? Pero lo que no cabía discutir era que aquella mujer había estado sin ningún género de dudas en su cama.

Jodi se esforzó en sonreír al grupo de padres que esperaba la salida de sus hijos a las puertas del colegio charlando unos con

otros. Si no hubiera estado tan concentrada en pensar en Leo Jefferson, se habría parado a hablar un ratito con ellos. Cuando pasó a su lado, los oyó hablar del posible cierre de la fábrica, y de cómo podrían hacer oír sus reivindicaciones.

–Tendríamos que hacer algo para impedirlo –estaba diciendo uno de los padres–. No podemos cruzarnos de brazos mientras nos quitan nuestro trabajo, nuestro sustento.

–Lo que tenemos que hacer es manifestarnos –insistía otro.

Una manifestación. Jodi no podía culparlos por querer hacer públicos sus sentimientos. Ella misma estaría tentada a hacerlo si alguien amenazara con cerrar su adorada escuela.

Jodi frunció el ceño. Aquellos padres eran los mismos que la habían apoyado sin desmayo en su determinación de mantener abierta la escuela, y habían colaborado en la recogida de fondos para comprar el parque adyacente. Lo menos que podía hacer era devolverles ahora el apoyo. Sus sentimientos hacia Leo Jefferson no tenían nada que ver.

Jodi volvió sobre sus pasos y se dirigió al grupo.

–No he podido evitar escucharos. Si vais a hacer una manifestación –dijo Jodi exhalando un profundo suspiro–, podéis contar conmigo.

Mientras hablaba, le vino a la mente la imagen nítida de Leo Jefferson mirándola con ojos de hielo durante la cena en casa de los Johnson.

–¿Tienes un momento?

Leo se paró a mitad del vestíbulo del hotel mientras Nigel Marsh avanzaba corriendo hacia él. Leo frunció el ceño. El primo de Jodi parecía nervioso, y al mismo tiempo muy seguro de sí mismo.

–Te doy diez minutos –dijo Leo con sequedad mientras miraba el reloj.

–Gracias –contestó Nigel aliviado–. Quería hablarte de mi prima, Jodi. La conociste la otra noche.

Nigel hablaba como si hubiera podido olvidarla. Leo se preguntó qué pensaría si le dijera que Jodi era alguien a quien nunca podría olvidar.

–Te refieres a la maestra –contestó en cambio con ironía.

–Sí. Ya se que su comportamiento no fue el más adecuado, pero…

–Yo lo calificaría más bien de abiertamente hostil –lo interrumpió Leo, irritado.

–No se trata de nada personal –dijo Nigel inmediatamente–. Pero ella no esperaba encontrarte allí. Y supongo que después de haberse preparado la noche anterior para contarte su caso en el hotel y luego salir huyendo…

Nigel se detuvo. Se sentía incómodo, había hablado más de la cuenta. Pero ya era demasiado tarde.

–¿Puedes explicarme esa última parte, por favor? –inquirió Leo.

Sintiéndose todavía más incómodo, Nigel le contó todo.

–Ya se que no tendría que haberla ayudado –reconoció cuando terminó de contar la historia–. Pero no pude hacer nada. Desde pequeña la han atraído las causas perdidas. Si la conocieras, lo entenderías.

Leo entendía muchas cosas ahora. Por ejemplo, qué hacía Jodi en su cuarto. Pero aquello no explicaba su presencia en la cama. ¿Habría pedido aquel brebaje alcohólico para darse coraje, y por eso… ?

Nigel seguía hablando, y Leo hizo un esfuerzo por escucharlo.

–Se merece un respiro. Ha luchado mucho por la escuela, primero por mantenerla abierta y luego por evitar que Driscoll comprara el solar de al lado. Le advertí a Jodi que se había ganado un enemigo muy poderoso –continuó Nigel con gesto de desagrado–. No lo soporta, y la entiendo perfectamente.

Leo frunció el ceño. Estaba tratando de digerir lo que estaba oyendo. Nigel Marsh era la segunda persona que le decía que a Jodi no le gustaba Jeremy Driscoll. Lo que significaba que tal vez la había juzgado mal… pero aquello no explicaba la extraordinaria sensualidad que había desplegado en la cama.

–La otra noche se pasó de la raya, pero tengo que decir en su defensa que fue por una buena causa –continuó Nigel–. Y eso que ha recibido una oferta muy generosa de un colegio privado. Además de un buen sueldo, recibiría muchos incentivos, incluida educación gratis para sus hijos cuando los tenga.

–Pero no tiene ninguna relación sentimental, ¿verdad? –preguntó Leo sin poder evitarlo.

Por fortuna, Nigel no pareció encontrar nada raro en la pregunta.

–No –contestó Nigel sacudiendo la cabeza–. No le van las relaciones esporádicas, y todavía no ha encontrado a nadie con quien comprometerse en serio. Bueno, ya te he robado demasiado tiempo. Espero que no te importe que haya intercedido en favor de mi prima.

–Soy medio italiano –respondió Leo con un leve encogimiento de hombros–. La lealtad familiar forma parte de mi herencia cultural.

La conversación con Nigel le había planteado algunas dudas que solo Jodi podría resolver. La cuestión era saber si querría hacerlo. Y sobre todo, si no sería demasiado arriesgado preguntárselas. Podría sentirse todavía más implicado con ella.

Jodi cerró los ojos y exhaló un profundo suspiro, llenando sus pulmones con el cálido aire de la tarde. Hacía tres días que no veía a Leo Jefferson, pero no había dejado de pensar en él, ni siquiera cuando debería haber estado concentrada en otros asuntos. Como por ejemplo, la reunión a la que había asistido la noche anterior, en la que se había propuesto llevar a cabo una manifestación a las puertas de la fábrica.

Los rumores sobre el posible cierre circulaban a toda prisa. Jodi había hablado con Nigel al respecto, pero su primo no había podido aclararle nada.

–Leo Jefferson ha estado en Londres arreglando unos asuntos –le había explicado.

Lo que él no había podido contarle, por motivos profesionales, era que sabían de buena tinta que Jeremy Driscoll iba a ser investigado con toda probabilidad por presuntas irregularidades en la contabilidad. Driscoll iba contando que no casaban las cifras porque sus empleados le robaban, pero sus argumentos no habían convencido a las autoridades, ni tampoco a Leo Jefferson, que dudaba de que las cuentas que le habían presentado al comprar la factoría fueran las verdaderas.

Jodi se dirigió al sendero que conducía a uno de sus lugares favoritos, Ashton House, la hermosa mansión georgiana que estaba a las afueras del pueblo. En la reunión de la noche anterior habían

decidido que los trabajadores se concentrarían al día siguiente por la mañana. Jodi se reuniría con ellos al salir de la escuela. Había dejado claro al comité que estaba radicalmente en contra del uso de cualquier clase de la violencia.

–Todos estamos de acuerdo en ese punto –había dicho una de las madres de sus alumnos–. Ojalá no hubiéramos llegado a esto, pero hemos tratado de hablar con ese tal Leo Jefferson y nos ha dicho que no considera apropiado reunirse con nosotros en estos momentos.

Leo. Jodi cerró los ojos. No quería seguir pensando en los sueños que tenía una noche tras otra, ni en su significado. Sueños en los que regresaba a la suite del hotel, a su cama, a sus brazos… pero solo eran eso, sueños. No significaba que deseara repetir lo que había ocurrido entre ellos. El hecho de que la noche anterior se hubiera despertado susurrando su nombre no significaba nada, ni tampoco el deseo que atormentaba su cuerpo cuando se olvidaba de controlarlo. Y en cuanto a aquellos besos salvajes con los que seguía soñando… Seguro que eran también fruto de su calenturienta imaginación.

Capítulo 5

Leo frunció el ceño al oír el sonido de unos pasos sobre el sendero que rodeaba Ashton House. Se había mudado aquella misma mañana, cuando la empresa de limpieza que había contratado hubo terminado su trabajo.

Los últimos días había estado en Londres, atrapado en varias reuniones sobre el futuro de las fábricas que había adquirido. Si decidía mantener Frampton abierta, tendría que saber antes qué hacer con las demás factorías. Leo se puso tenso cuando vio a una persona entrar por el camino que llegaba hasta su jardín.

¡Jodi Marsh!

Ella se dio cuenta de su presencia en el momento exacto en que él la vio a ella, y se quedó paralizada. ¿Qué estaba haciendo Leo Jefferson en el jardín de Ashton House? Aquella era su casa, la casa que había deseado en secreto desde el primer instante en que la vio. Antes de que pudiera reaccionar y salir corriendo, Leo abrió la valla y se encaminó hasta ella, cerrándole el paso.

–Me gustaría hablar contigo –lo oyó decir.

–Pero a mí no –replicó ella, deseando que él no pudiera oír la fuerza con que latía su corazón.

Trató de marcharse, pero Leo la sujetó con maestría por el brazo. Mientras trataba de liberarse de la turbadora sensación de aquel tacto, Jodi se dio cuenta de que Leo la había ido llevando suave pero firmemente hasta el jardín. Ella ya había estado allí: la antigua dueña la había encontrado en el sendero, igual que Leo, y la había invitado a entrar.

–¿Te importaría dejar de agarrarme? –preguntó enfadada mientras él cerraba la valla.

Las mejillas de Jodi se tiñeron de rojo cuando fue consciente del modo en que Leo la observaba. Como se atreviera a recordarle algo que hubiera dicho o hecho bajo la influencia del alcohol… Leo siguió mirándola durante unos interminables segundos antes de empezar a hablar.

–¿Qué estabas haciendo en mi suite? –preguntó con calma.

Jodi tardó unos instantes en recobrarse del impacto de una pregunta tan directa, pero finalmente lo consiguió.

–Según tu versión, estaba allí para… –comenzó a decir.

–No quiero que me digas lo que yo creo –la interrumpió Leo negando con la cabeza–. Quiero oír tu versión de los hechos.

–Eso ya no importa –contestó Jodi con aire retador.

–Según tu primo, estabas allí para interceder por la fábrica –dijo Leo, pillándola desprevenida.

–Así que has hablado con Nigel –intervino Jodi, sorprendida–. Le dije que aquello era una locura, pero no me escuchó. En principio tenía que esperarte en el vestíbulo, pero consiguió una llave de tu suite.

–Así que subiste y ordenaste que te subieran una copa –recapituló Leo.

–No –negó Jodi con vehemencia–. No fue así.

Mientras le explicaba lo que había ocurrido con la bebida, Leo se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad.

–O sea que mientras me esperabas, te bebiste aquel cóctel y te acostaste conmigo –recordó Leo con suavidad–. Y por lo que he podido saber de ti, Jodi, eso no es algo…

–No quiero seguir hablando de esto –lo interrumpió ella–. Y además, fuiste tú el que se metió en la cama conmigo. Yo ya estaba dentro, dormida.

–Pero era mi cama. Y tú…

Leo se interrumpió bruscamente. Aquello no llevaba a ninguna parte, y además, no era lo que él quería decirle.

–Creo que malinterpreté la situación –dijo entonces–. Tus razones para estar allí eran diferentes a las que yo pensaba, y, dado el caso, creo que deberíamos hablar de…

–No tengo nada de que hablar contigo –saltó Jodi.

El hecho de que Leo hubiera reconocido que se había equivocado no cambiaba las cosas.

–Lo que pasó no es lo suficientemente importante como para entrar en discusiones –añadió Jodi en un intento de zanjar la conversación.

Pero Leo no parecía dispuesto a darla por finalizada.

–Para ti a lo mejor no lo es, pero yo no pienso igual –dijo él

cortante–. No tengo por costumbre mantener relaciones sexuales esporádicas con desconocidas.

Jodi se sintió morir de vergüenza. ¿Es que la humillación que le había causado su comportamiento no iba a terminar jamás?

–Para tu información, te diré que yo no he tenido una sucesión de amantes. Y de hecho… –se interrumpió Jodi sonrojándose.

No, no iba a contárselo. Si lo hacía, Leo le plantearía todavía más preguntas de las que ya estaba haciendo, y desde luego no iba a contarle la estúpida locura que había experimentado la primera vez que lo vio en el vestíbulo del hotel. Más de uno podría decir que se había enamorado a primera vista, y que por eso… pero Jodi era más realista. Era una mujer de ideas modernas, y nunca se plantearía semejante tontería.

¿Qué tenía aquella mujer que lo llevaba a sujetarla y obligarla a escuchar lo que tenía que decirle? Mientras sus pensamientos vagaban, Leo no podía apartar la vista de aquella boca. Recordó su calidez y la dulzura de su sabor. Quería volver a besarla, allí mismo, en aquel instante. Pero Jodi ya se estaba dando la vuelta para dirigirse a la valla, y un destello de sentido común lo avisó de lo estúpido que sería salir detrás de ella y suplicarle que se quedara, cuando estaba muy claro que quería marcharse. Pero Jodi lo había deseado aquella noche. Y él a ella. El problema era que él seguía deseándola.

–Jodi… –murmuró Leo en un último intento de retenerla.

–No… –contestó ella sacudiendo la cabeza.

Jodi apenas tuvo tiempo de tragar saliva antes de dejarse caer en sus brazos. Los labios de Leo, ardientes, acallaron rápidamente sus protestas con besos de fuego. Leo la confundía, la envolvía de tal manera, que, en vez de rechazarlo, se iba acercando cada vez más a él, buscándolo. Una campanilla de advertencia sonó en algún rincón de su cerebro, pero Jodi no la escuchó. Leo la estaba besando, y no quería que nada se interpusiera entre ella y la maravillosa excitación de sentir aquella boca moverse apasionadamente sobre la suya.

Leo sintió cómo se le aceleró el corazón cuando ella dejó de defenderse y se volvió más suave, se volvió tan cálida y adorable entre sus brazos que tuvo la irresistible tentación de tomarla en brazos y llevársela directa a la cama.

El sonido de un pájaro piando devolvió a Jodi a la realidad. Pálida y temblorosa, se apartó de él. ¿Cómo diablos había permitido que aquello sucediera? Tenía la boca seca, pero resistió la tentación de pasarse la lengua por los labios. Le dolía todo el cuerpo, y había comenzado a temblar. Estaba furiosa por su falta de autocontrol.

–No vuelvas a tocarme jamás –gimió con voz atormentada.

Y se marchó sintiéndose desgraciada, con el corazón destrozado, y negándose a detenerse a pesar de los gritos de Leo llamándola a su espalda.

Jodi seguía temblando cuando llegó a su casa. Había oído en el pueblo el rumor de que Ashton House tenía un nuevo inquilino, pero nunca se hubiera imaginado que pudiera tratarse de Leo Jefferson. Nigel le había comentado que el asunto de las fábricas se iba a prolongar, pero ¿por qué había tenido que mudarse a Frampton? Sentía como si aquel hombre hubiera invadido absolutamente todos los aspectos de su vida.

Entró en la cocina para prepararse algo. Nigel la había llamado antes para ver si quedaban a cenar, pero le había dicho que estaba muy ocupada. Si lo veía, se le podía escapar el asunto de la manifestación del día siguiente. No se trataba de nada ilegal, pero sabía que a su primo no le gustaría verla envuelta en aquel asunto y haría todo lo posible por disuadirla.

Quería mucho a Nigel, era como un hermano para ella. Sabía la conmoción que sufriría si se enterase de lo que había pasado con Leo Jefferson. Ella misma se sentía avergonzada. Pero lo que la hacía sentirse todavía peor eran aquellos sueños en los que revivía lo que había pasado, y lo disfrutaba.

Jodi trató de concentrase en la cena, pero había perdido el apetito. Al menos en lo que a comida se refería. Porque antes, cuando había mirado la boca de Leo, se había sentido más hambrienta de lo que había estado nunca en toda su vida.

Al despertarse, Leo se preguntó dónde estaba. Su nueva habitación en Ashton House no le resultaba todavía familiar. Había estado soñando con Jodi, y no era la primera vez. Buscó a tientas

con la mano la lámpara de la mesilla de noche y la encendió. Salió de la cama y se dirigió a la ventana. Al abrir las cortinas, se quedó mirando el jardín, iluminado bajo la luz de la luna.

En su sueño había recordado algo sobre Jodi que lo había dejado confuso. Algo a lo que no había dado importancia previamente, y que ahora, sabiendo lo que sabía, cobraba sentido. ¿Eran imaginaciones suyas, o había notado algo en el cuerpo de Jodi que podría significar que, efectivamente, él había sido su primer amante? Pero no, aquello era absurdo. Se había mostrado tan desinhibida, tan apasionada… Pero, ¿y si era cierto? Leo tragó saliva. Le estaba resultando muy difícil utilizar la palabra «virgen», incluso en la intimidad de sus propios pensamientos.

Pero si fuera cierto, ella tendría que haber dicho algo. ¿Algo como: «Ah, por cierto, antes de irme a la cama contigo era virgen»? No, aquel no era en absoluto su estilo. Jodi era demasiado independiente, demasiado orgullosa.

Pero en ningún momento de aquella noche ella había sugerido que deberían pensar en tomar precauciones. Tampoco él había estado preparado emocionalmente para asumir esa responsabilidad, lo que quería decir que…

Leo ya no pudo volver a dormirse. Se trataba de la salud de Jodi, y de la suya propia. Si de verdad había sido virgen hasta aquel momento, no tenía de qué preocuparse. Pero la cosa cambiaba en lo que se refería al riesgo de un embarazo no deseado. Seguro que Jodi también estaba preocupada. Definitivamente, tenía que hablar con ella, e insistir en que diera respuesta a sus preguntas.

Leo cerró los ojos y trató de recordar cada segundo de las horas que habían pasado juntos. No necesitaba esforzarse mucho: Su cuerpo y todos sus sentidos no habían hecho otra cosa que recordar su encuentro desde que este se había producido. Pero esta vez era diferente: Ahora quería encontrar pistas, signos que pudiera haber pasado por alto. Recordó que le había costado penetrarla, pero ella no le había dicho nada. ¿En qué diablos habría estado pensando? Era maestra de escuela, por el amor de Dios. Se suponía que tendría que saber cómo comportarse. Estaba muy enfadado, como si Jodi se hubiera convertido de pronto en su responsabilidad.

La situación había cambiado. Sentía de pronto un súbito instinto de protección masculina. Y algo todavía más inesperado: un

sentimiento de orgullo. ¿Por haber sido su primer amante? ¿O por la posibilidad de que ella hubiera concebido un hijo suyo?

Por descontado, su madre estaría encantada. Un nieto, y una nuera a la que sin duda daría su aprobación y presentaría satisfecha a todos sus parientes italianos. Durante una décima de segundo, Leo se preguntó si su madre habría ido finalmente a visitar a la curandera del pueblo para que lo hechizara con algún encantamiento amoroso. Aquellos pensamientos eran absurdos. Además, él podía haberse resistido a los encantos de Jodi. Pero ella había estado allí, tan cálida, deseable, y tan irresistible… Le dolía el mero hecho de pensar en ella. Leo comprobó con disgusto cómo su cuerpo había reaccionado ante sus pensamientos. La deseaba como nunca había deseado a nadie en toda su vida. La deseaba. La deseaba. Cielo santo, ¡Cómo la deseaba!

Jodi emitió un suave gemido mientras dormía. Sus labios pronunciaron el nombre de Leo, y entonces se despertó bruscamente. La realidad se impuso al delicioso placer que estaba experimentando en sueños.

Se había sentido mucho más segura cuando Leo Jefferson no sabía quién era y pensaba por alguna extraña razón que estaba compinchada con Jeremy Driscoll, aquel hombre tan odioso. Una de las mujeres que iba a ir a la manifestación había contado cómo lo había visto salir furtivamente de una de las naves de la fábrica. Ninguno de los trabajadores le tenía simpatía. Jodi se preguntaba qué estaría haciendo en la fábrica si ahora pertenecía a Leo. Pero aquello no era de su incumbencia. Sus problemas estaban mucho más cerca.

Había estado a punto de traicionarse aquella tarde ante las preguntas de Leo. Lo último que quería era que supiese que, lejos de ser la seductora experimentada que él pensaba, había sido virgen hasta que, por alguna extraña razón, se había acostado con él. No quería que supiese la verdad, que Leo se preguntara por qué no había sido capaz de resistirse a la tentación que él representaba. Ella podría argumentar que, a sus veintitantos años, había comenzado a ver la virginidad como una carga de la que quería liberarse, pero sospechaba que él no la creería. Si alguna vez

averiguaba cómo se había sentido cuando lo vio en el vestíbulo del hotel, se moriría de vergüenza y humillación.

Jodi se arropó bajo las sábanas. Había estado soñando que Leo la estrechaba entre sus brazos mientras la acariciaba suavemente, y más suavemente todavía besaba sus labios. Pero ya era suficiente. No era una adolescente viviendo de fantasías. No iba a volver a soñar con él nunca más.

La primera noticia que tuvo Leo de la manifestación fue cuando recibió una llamada de una radio local preguntándole si le gustaría hacer algún comentario sobre la situación. Las llamadas que recibió después le confirmaron que la protesta iba a ser pacífica. Leo tenía una reunión muy importante con un grupo empresarial que estaba interesado en comprar una de las fábricas, así que le era imposible acudir a Frampton hasta última hora. Aun así, consiguió hablar con el líder de la protesta para concertar una reunión. Todavía no estaba preparado para decirlo, pero ya había tomado la decisión de mantener abierta la fábrica de Frampton. Su decisión, por descontado, no tenía nada que ver con Jodi Marsh.

Más tarde, cuando la policía lo llamó para decirle que tenían pensado controlar el desarrollo de la manifestación, Leo les contestó que confiaba plenamente en que se desarrollaría de forma pacífica. Eran las cuatro de la tarde, y no podría marcharse de Londres hasta las cinco por lo menos. Su mente comenzó a divagar. ¿Qué estaría haciendo Jodi? Necesitaba hablar con ella. Si existía la más mínima posibilidad de que hubiera concebido un hijo suyo, tenía que saberlo.

Jodi miró por encima de su hombro con cierta ansiedad. Se había unido a la manifestación hacía una hora. Al principio todo había transcurrido en calma, pero para sorpresa de todos, Jeremy Driscoll había llegado hacía media hora. Ordenó a los manifestantes que le abrieran las puertas de la fábrica y ellos se habían negado. Entonces Jeremy se había bajado del coche, y se había armado algo de revuelo. Finalmente, Driscoll había entrado en las oficinas de la fábrica. Y allí seguía. Pero hacía unos diez minutos había aparecido

un coche de policía seguido muy de cerca por un periodista y un fotógrafo del periódico local.

El ambiente pacífico de los piquetes se transformó en franca hostilidad cuando Jeremy Driscoll abandonó el edificio, enfrentándose con uno de los de los manifestantes al que ya había insultado al entrar.

–¿De verdad creéis que esto va a cambiar la decisión que ha tomado Jefferson de cerrar la fábrica? –le preguntó Driscoll al trabajador con aire amenazante.

–Ha aceptado reunirse con nosotros mañana por la mañana –se defendió el hombre.

–¿Y crees que eso significa que vaya a escuchar lo que tengáis que decirle? Ya ha decidido que esta fábrica no es viable. Y no lo culpo –continuó Driscoll–. Sois un atajo de vagos que no valéis para nada. Por vuestra culpa se va a clausurar la fábrica.

–Eso no es cierto –acertó a decir Jodi a su espalda.

–Debí haberlo adivinado –contestó Driscoll dándose la vuelta para mirarla con lascivia premeditada–. Esto no va a sentarle nada bien al Consejo Escolar. Pero, claro, tu preciosa escuelita está en peligro. Mira tú por donde, al final parece que voy a poder construir mi edificio y todo.

Driscoll comenzó a avanzar hacia Jodi con decisión. La gente intentó detenerlo, pero iba demasiado rápido. Uno de los manifestantes se colocó en medio para protegerla. Era un hombre joven, ni la mitad de fuerte que Driscoll. Jodi se estremeció cuando vio la fuerza con la que Driscoll lo apartaba de su camino. El joven trató de defenderse, y de pronto pareció como si se hubieran soltado todos los demonios. La gente comenzó a gritar y a empujar, y los agentes de policía abrieron las puertas del coche. Antes de que Jodi pudiera darse cuenta, Driscoll la estaba sujetando y la arrastraba por el patio de la fábrica. Trató de resistirse, golpeándolo. Estaba aterrorizada, como lo estaría cualquier mujer en su lugar. Su miedo no tenía nada que ver con la manifestación. Jeremy la arrastró hasta uno de los agentes de policía, asegurando que ella lo había atacado.

–Insisto en que la detenga, oficial –lo escuchó decir Jodi mientras la miraba con aire triunfal–. Voy a presentar una denuncia por agresiones.

Ella trató de proclamar su inocencia, pero ya estaba siendo conducida hasta el furgón policial. Jodi cerró los ojos cuando el fotógrafo la cegó con el flash de su cámara al hacerle una foto.

La comisaría estaba hasta los topes. Jodi no podía creer que aquello le estuviera sucediendo a ella. Un sargento de mirada severa les estaba tomando declaración a todos. Jodi se sentía fatal. Le dolía la cabeza y estaba asustada. Tenía un cardenal en el brazo por el que Jeremy Driscoll la había agarrado.

–Nombre.

Jodi cayó en la cuenta de que el sargento se dirigía a ella.

–Jodi Marsh –balbuceó.

Apoyar a los trabajadores participando en una manifestación pacífica era una cosa, pero acabar acusada y arrojada con toda probabilidad a una celda era otra muy distinta. Jodi no pudo evitar preguntarse qué iban a decir los padres más conservadores, por no hablar de sus superiores de la Consejería de Educación.

–Disculpe, oficial.

Jodi sintió que iba a desmayarse cuando oyó el inconfundible sonido de la voz de Leo Jefferson a su espalda.

Leo había llegado a la fábrica justo a tiempo para escuchar la versión de los que todavía seguían allí.

–Se han llevado incluso a la maestra –le había contado un testigo sin entender por qué su comentario había provocado que aquel hombre regresara de inmediato a su coche con cara de preocupación.

–Me llamo Leo Jefferson –se presentó ante el sargento–. Soy el dueño de la fábrica.

–Según nuestros informes, es el señor Driscoll quien nos llamó diciendo que había problemas –replicó el agente frunciendo el ceño.

–Aunque así fuera, yo soy el dueño –reiteró Leo con firmeza–. ¿Puede contarme exactamente qué ha sucedido? Por lo que yo sé, los manifestantes estaban tranquilos.

–El señor Driscoll nos llamó desde la fábrica para decirnos que no lo dejaban salir, y que tanto él como las instalaciones corrían

peligro. Cuando llegamos, nos encontramos con que esta señorita estaba intentando atacar al señor Driscoll –dijo el sargento señalando a Jodi.

–Yo no hice nada de eso –replicó ella con los ojos arrasados en lágrimas a pesar de su esfuerzo por controlarlas–. Fue él quien me atacó.

–Creo que debe de haber un error –dijo Leo colocándose detrás de ella, como si quisiera protegerla–. Conozco bien a la señorita Marsh. De hecho, estaba en la fábrica como representante mía. No puedo creerme ni por un instante que haya atacado al señor Driscoll.

–Mis agentes me han informado de que él va a presentar cargos por agresión –continuó el sargento con el ceño fruncido.

–Bien, en ese caso yo lo denunciaré a él por entrar ilegalmente en mi fábrica –le informó Leo–. No tenía permiso, y supongo que las autoridades estarán muy interesadas en saber qué estaba haciendo allí. Faltan algunos libros de contabilidad cuyo paradero sigue siendo un misterio.

Jodi se dio la vuelta para mirar a Leo. En ese momento, él vio por primera vez el cardenal que tenía en el brazo.

–¿Es Driscoll el responsable de esto? –le preguntó con rabia contenida.

Sin esperar respuesta, Leo se giró hacia el sargento.

–Comprendo que tenga que acusar a la señorita Marsh, pero entretanto, me pregunto si podría dejarla a mi cargo. Le prometo que no la perderé de vista –dijo con firmeza.

El oficial miró a ambos con atención. Tenía la sala llena y pocas celdas, y no veía razón para retener a Jodi Marsh si Leo Jefferson respondía por ella.

–Muy bien –dijo–. Pero es usted responsable de ella. Asegúrese de que regresa por la mañana para ser acusada formalmente si el señor Driscoll insiste en seguir adelante.

–Tiene usted mi palabra –respondió Leo.

Y antes de que Jodi pudiera decir nada, Leo ya la estaba conduciendo con suavidad hacia la puerta. Seguía llorando, aunque le hubiera gustado no hacerlo.

–Es el susto –dijo Leo mientras la guiaba hacia el coche–. No te preocupes. Te sentirás mejor cuando llegues a casa.

–Quiero darme un baño y cambiarme de ropa –le dijo Jodi en un tono de voz que a ella misma le resultó irreconocible.

–El baño puedo proporcionártelo. La ropa podemos recogerla en tu casa camino de la mía –replicó Leo.

–¿Tu casa? –preguntó Jodi mientras se dejaba abrochar el cinturón de seguridad–. Pero yo quiero ir a la mía…

–Lo siento, pero no puedes –replicó Leo–. Recuerda que el sargento te ha dejado a mi cuidado. Tengo que llevarte a la comisaría por la mañana.

–Yo no ataqué a Jeremy –trató de defenderse Jodi–. Ha sido él quién…

Jodi se mordió el labio inferior. El estómago se le hizo un nudo cuando contempló la furia que desprendían los ojos de Leo al mirarla.

–Como te haya hecho daño… ¿Te lo ha hecho, Jodi?

Ella apartó la vista de él, y Leo se maldijo a sí mismo por la intensidad de su propia reacción. La había asustado, y Jodi ya había pasado suficiente miedo por aquel día.

Cuando llegaron a casa de Jodi, él insistió en entrar con ella y esperar a que recogiera sus cosas. Se sentía demasiado desorientada como para negarse. La manera en que Jeremy Driscoll la había tratado la había hecho sentirse muy vulnerable. Cuando había ganado la batalla por el terreno adyacente a la escuela, Driscoll le había dicho que iría a por ella. Era un hombre rencoroso y vengativo, y aunque le costara admitirlo, al menos por aquella noche se sentiría más segura durmiendo bajo el techo de Leo Jefferson.

Capítulo 6

Cuándo comiste algo por última vez? –preguntó Leo mientras abría la puerta de su casa y la invitaba a entrar.

Jodi lo miró sin saber a qué atenerse. Estaba preparada para contestar a preguntas más incisivas, o más hostiles. La desconcertaba que Leo pareciera más preocupado por su bienestar personal que por cualquier otra cosa. Pero lo que más le extrañaba era el alivio y la sensación de seguridad que le proporcionaban que él se hubiera encargado de todo de la manera en que lo había hecho.

–A la hora de comer –contestó ella–. Pero no tengo hambre.

–Eso es porque todavía estás asustada –replicó Leo con dulzura–. La cocina está por aquí.

En cualquier otra ocasión, a Jodi le habría encantado ver el interior de la casa que tanto admiraba. Pero en aquel momento estaba demasiado abrumada por los acontecimientos del día como para pensar en nada. Leo tenía razón, probablemente estaba en estado de «shock». ¿Cómo si no iba a permitir que él tomara todas las decisiones por ella? Leo la sentó en una silla de la cocina y comenzó a abrir cajones y armarios, asegurando que la cena ligera que iba a preparar para ambos la ayudaría a conciliar el sueño.

–Me temo que tendrás que dormir en mi dormitorio –dijo Leo mientras le servía un plato de huevos revueltos–. Es la única habitación amueblada por el momento. Yo dormiré en el sofá de abajo.

–No –protestó Jodi.

Deseó con todas sus fuerzas que él no hubiera notado que se le habían subido los colores. El mero hecho de pensar en dormir en su habitación le traía a la memoria recuerdos que no quería desenterrar, y menos en aquel momento, con el responsable de ellos sentado enfrente de ella.

–Está bien. Ya me imagino lo que estás pensando, pero no tienes que preocuparte –le dijo Leo sacudiendo la cabeza.

Jodi se puso tensa. ¿Cómo podía haber adivinado en lo que estaba pensando? ¿Y cómo se atrevía a… ?

–La señora de la limpieza ha venido esta mañana y habrá cambiado las sábanas –continuó diciendo Leo.

Jodi casi se ahogó con los huevos. Se sentía profundamente aliviada. Después de todo, él no se había dado cuenta de lo que estaba pensando, las sensaciones tan sensuales que le despertaba el mero hecho de que hablara de su cama.

–No puedo aceptar dormir en tu cama –dijo Jodi con la voz más neutra que fue capaz de modular.

–¿Por qué no? –preguntó Leo dirigiéndole una mirada socarrona–. Después de todo, no sería la primera vez.

El rostro de Jodi se tiñó de rojo. Sintió cómo le temblaban las manos, y se vio obligada a sujetar con las dos manos la taza de té que Leo le había servido para evitar que se le derramara el contenido. El comentario de Leo no solo la había avergonzado, sino que además se sentía humillada. Jodi sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, pero no quería mostrar su vulnerabilidad ante él. Mientras trataba de contenerlas, escuchó las excusas de Leo.

–Lo siento –lo oyó decir–. No debería haber dicho eso.

Leo se detuvo para mirarla mientras se reprochaba mentalmente por haberla herido. Le sorprendía darse cuenta de cómo habían cambiado sus sentimientos hacia ella desde que supo que su primera impresión había sido equivocada. Lo último que hubiera querido era hacerle daño y, sin embargo, todavía quedaban algunos asuntos que tenían que tratar. Aunque no había sido su intención tocarlos en aquel momento, tal vez ahora que había salido el tema podría hablar con ella de sus preocupaciones.

–Ya sé que este no es el mejor momento –comenzó a decir–, pero tenemos que hablar.

Jodi colocó su taza encima de la mesa.

–¿Por eso me has traído aquí? –preguntó con toda la ira de la que era capaz–. ¿Para interrogarme? No creas que porque me hayas salvado de una noche en la cárcel yo voy a traicionar a los demás manifestantes. Mejor me llevas de regreso a la comisaría.

–Jodi –la interrumpió Leo tan suavemente como pudo–. No quiero hablar contigo de los problemas de la fábrica, ni de la manifestación.

Mientras observaba su mirada de desconfianza, Leo se preguntó qué pensaría Jodi si le confesara que en aquellos momentos solo tenía en la mente una cosa: Ella.

–¿Entonces, de qué quieres hablar? –le preguntó con recelo.

Leo se dio cuenta de lo cansada que parecía, y se reprochó a sí mismo su egoísmo. Todavía estaba impresionada. Necesitaba descansar y recuperarse, no sufrir un bombardeo de preguntas.

–No importa –dijo Leo con amabilidad mientras se acercaba para retirarle la silla–. ¿Por qué no te vas a la cama? Pareces agotada.

Jodi fue consciente de que iba a tocarla y se puso a la defensiva. Sabía que en aquellos momentos era totalmente vulnerable a cualquier tipo de roce físico con él. Jodi se levantó precipitadamente de la silla para evitar el contacto, pero consiguió el efecto contrario. Se tropezó, y los brazos de Leo rodearon los suyos para evitar la caída, atrayéndola hacia sí.

Había transcurrido una semana desde que lo había visto por primera vez. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo sintiera que su cuerpo tenía hambre de él, un apetito que solo el contacto con su piel parecía calmar? Jodi sentía como si el mero hecho de inclinarse sobre él la completara, la hiciera sentirse plena de nuevo. Parecía haber encontrado la razón de su existencia, y al mismo tiempo se odiaba a sí misma por necesitarlo de aquella forma.

Sin decir nada, Jodi se apartó de él suavemente. Leo no intentó retenerla.

–¿Estás bien? –le preguntó

–Sí, perfectamente –contestó ella retrocediendo un paso.

Jodi se había colocado en la penumbra para que él no pudiera leer la expresión de deseo dibujada en su rostro. Leo le sujetó la puerta de la cocina y la acompañó hasta las escaleras. Jodi comenzó a subirlas. El corazón le golpeaba con fuerza el pecho. No se atrevía a darse la vuelta y mirarlo. No quería que ningún gesto le revelara lo que estaba sintiendo.

–Es la segunda puerta a la izquierda –le oyó decir–. Encontrarás toallas y todo lo que necesites en el baño. Iré a buscar tu bolsa y la dejaré en la puerta de la habitación.

Leo parecía haber escogido las palabras más neutrales y el tono más comedido para que nada recordara la situación del hotel. Era muy caballeroso por su parte. Pero, entonces, ¿por qué se sentía un

tanto decepcionada?

Leo advirtió el cansancio con el que Jodi subía las escaleras, y sintió ganas de correr detrás de ella y subirla en brazos, protegerla. Pero hizo un esfuerzo y se obligó a sí mismo a salir para sacar del coche la bolsa de Jodi. Luego subió las escaleras, llamó suavemente a la puerta del dormitorio y se dirigió de inmediato escaleras abajo hasta el salón.

Jodi estaba mirando por la ventana del dormitorio cuando oyó cómo llamaban a la puerta. Contó hasta diez muy lentamente antes de abrirla y darse cuenta, con alivio y no con decepción, se dijo, que ya no había ni rastro de Leo.

El dormitorio y el baño estaban decorados de manera tan impersonal que parecían la habitación de un hotel. Pero la relación entre Leo y una habitación de hotel despertaba en ella sentimientos que poco tenían que ver con la palabra «impersonal». Jodi trató de guiar sus pensamientos por sendas menos peligrosas mientras se preparaba para meterse en la cama. Ahora que estaba sola, tenía que pensar en la mañana siguiente y en la posibilidad de tener que enfrentarse a una denuncia de Jeremy Driscoll, una perspectiva poco alentadora, aunque no tanto como tener que reconocer lo fuertes que eran sus sentimientos hacia Leo. Pero lo único que en realidad había habido entre ellos era sexo. Y cualquier mujer, incluso una maestra de escuela, sabía que los hombres eran capaces de practicar sexo con menos implicaciones emocionales que si se comieran una chocolatina. Jodi se arrebujó en la cama de Leo. Las sábanas olían a limpio, no había en ellas nada que le recordara a él, ni tampoco en el resto de la habitación. Se colocó en el centro de la ancha cama y cerró los ojos, pero a pesar de estar agotada, no consiguió dormirse. La ansiedad le impedía relajarse, y comenzó a hacer respiraciones pausadas y profundas.

En la planta de abajo, Leo también estaba teniendo dificultades para conciliar el sueño. Tenía trabajo que hacer, pero en lugar de concentrarse en él, estaba paseando de un lado de otro del salón pensando en Jodi, preocupándose por ella, y no solo por la situación en que podría haberlos colocado la noche que habían pasado juntos. El cardenal del brazo de Jodi, provocado por Jeremy

Driscoll, había despertado en él el deseo de despedazar a aquel hombre y arrojar sus despojos a los buitres. No podía soportar el pensamiento de que la hubiera siquiera rozado.

Leo se detuvo bruscamente. ¿Qué diablos le estaba sucediendo? En realidad, lo sabía de sobra. Estaba enamorado. Aquello era amor. Se había convertido en un hombre en el que apenas se reconocía. Un hombre que actuaba y pensaba de manera irracional, que se dejaba llevar por sus emociones.

Leo oyó un ruido en la planta de arriba y se dirigió a la puerta, abriéndola justo a tiempo para volver a oír aquel sonido. Era un lamento de dolor. Subió las escaleras de dos en dos, abrió la puerta de golpe y cruzó el dormitorio a toda prisa hasta la cama. Jodi estaba despierta. Pudo distinguir el brillo de sus ojos en la oscuridad, pero estaba tumbada en silencio e inmóvil, como si no se atreviera ni a respirar.

–Jodi, ¿qué ocurre? –preguntó Leo.

Un sonido de alivio brotó de la garganta de Jodi cuando reconoció la voz de Leo. Había estado soñando con Jeremy Driscoll, una pesadilla plagada de terrores nocturnos. El sonido de su propio grito de pánico la había despertado, y, cuando Leo entró en el dormitorio, había creído durante unos instantes que se trataba de Jeremy Driscoll. Pero el sonido de su voz la había tranquilizado, borrando por completo la pesadilla.

–He tenido una pesadilla espantosa –dijo Jodi volviéndose hacia él–. Soñaba con Jeremy Driscoll.

El mero hecho de pronunciar su nombre le provocó un violento escalofrío. Trató de incorporarse para hablar con Leo, que se estaba inclinando en aquel momento hacia ella. Jodi vio la ansiedad reflejada en sus ojos, ahora que se había acostumbrado a la penumbra que envolvía la habitación, a las sombras suavemente tamizadas por la luz de la luna de verano.

–Siento haberte molestado –acertó a decir ella cuando se dio cuenta de que Leo seguía vestido.

Jodi se preguntó si aquello significaba que el sofá era demasiado incómodo como para plantearse siquiera dormir en él, o si por el contrario tenía algo que ver con su presencia en aquella casa. Tal vez Leo temiera que ella tratara de seducirlo de nuevo.

–Todavía estás vestido –continuó Jodi en voz baja–. No te has

acostado. Si no lo has hecho porque…

–Porque la única cama en la que quisiera estar ya está ocupada, y me está vetada –la interrumpió Leo con voz ronca–. A no ser que hayas cambiado de opinión y quieras compartirla conmigo…

Leo sabía que estaba haciendo exactamente lo que se había dicho a sí mismo que no debería hacer bajo ninguna circunstancia. Se estaba aprovechando de la vulnerabilidad de Jodi, de la dependencia que tenía de él. Pero no podía controlarse. Verla sobre la cama, abrazándose las rodillas con los brazos desnudos mientras lo miraba con desconcierto le bastaba para saber que estaba dispuesto a condenarse una y mil veces con tal de volver a tenerla entre sus brazos, tener la oportunidad de abrazarla, besarla, acariciarla…

Leo murmuró su nombre, incapaz ya de mantener a raya su deseo. La estrechó entre sus brazos buscando su boca con tanta urgencia que el sonido del nombre de Jodi se perdió entre sus labios.

Jodi sabía que tenía que rechazarlo, insistir en que la soltara. Pero en lugar de eso, abrió la boca, rendida a la avidez de su lengua. Sintió todo su cuerpo estremecerse de deseo.

Casi había conseguido convencerse a sí misma de que hacer el amor con él no podía haber sido tan maravilloso como lo recordaba, que su fantasía había engrandecido el recuerdo. Pero para su sorpresa, ahora descubría que su memoria le había fallado, pero de otra manera. La forma en que Leo hacía el amor no había sido maravillosa. Había sido más que eso. Había sido la plenitud. El cuerpo de Jodi recordó el placer que Leo le había proporcionado, y supo que sería inútil tratar de no corresponderle. No podía evitar desearlo.

Jodi emitió un gemido que le llenó por completo la garganta mientras se dejaba llevar por los besos de Leo. El contacto de aquella boca sobre la suya era como recibir el elixir de la vida. Leo le tomó el rostro con las manos y volvió a besarla con una ternura que le paralizó el corazón. Temblaba al darse cuenta de lo cerca que estaba de él, y aquella sensación recorrió cada nervio de su cuerpo como si fuera adrenalina pura.

–No deberíamos hacer esto –murmuró ella suavemente sin ninguna convicción.

–Ya lo se –reconoció Leo con ardor–. Pero no puedo parar.

–Y yo no quiero que pares –dijo Jodi en un susurro.

Ella misma se sorprendió ante su falta de pudor, y también por el descubrimiento de que, casi sin darse cuenta, se las había arreglado para desabrochar la mitad de los botones de la camisa de Leo. Las yemas de los dedos de Jodi palparon la suave mata de pelo que cubría su pecho. Con deliberada sensualidad, se inclinó sobre él para respirar el aroma de aquella piel. Una marea de sensaciones la inundó. Habría reconocido aquel olor en cualquier parte, y sentía que aquel hombre era suyo. Su aroma le recordaba todos los demás placeres que podía compartir con él. Jodi sintió una oleada de poderío femenino: Sabía que ella era la responsable de que a él se le acelerara el corazón.

Leo sintió cómo un escalofrío le recorría de la cabeza a los pies. Era incapaz de controlar la fuerza con la que su cuerpo respondía a los estímulos de Jodi. Parecía como si todas sus sensaciones se multiplicaran por mil. Incluso el mero hecho de respirar le llenaba todo el pecho. Tenía que reconocer que aquello era algo más que sexo. Jodi era la única para él, era suya. Pero sabía que no podía decírselo, al menos por el momento. Lo que estaban construyendo juntos era todavía demasiado frágil.

Leo emitió un gemido cuando Jodi lo besó en el torso. Sintió cómo su deseo se extendía como el fuego. Aquella era la más dulce de las torturas. Se despojó con premura del resto de la ropa sin dejar de mirarla. Tuvo miedo de que ella pudiera leer en sus ojos que estaba enamorado, pero no podía romper aquel contacto visual que parecía unirlos de manera más íntima. En los ojos de ella, Leo distinguió el desconcierto, el deseo, y un algo de temor. El cuerpo de Jodi se tensó cuando él posó suavemente la mano sobre su hombro desnudo mientras que con la otra se quitaba la última prenda que lo cubría. Tampoco ella hizo ningún amago de interrumpir la mirada que los tenía atrapados. Aquel cruce de ojos era tan sensual como tocarse.

–Jodi… –murmuró él atrayéndola finalmente hacia sí.

Leo había roto el contacto visual para fijarse por un instante en su boca y volver a mirarla a los ojos antes de besarla suavemente. Jodi sintió como si la tensión sexual que estaban compartiendo fuera a estallar. Por fortuna no era ya una quinceañera. De otro

modo, la manera en que Leo la miraba podría haberla llevado a pensar que le importaba de verdad. Jodi sabía que tenía que cortar en aquel momento, antes de que las cosas llegaran más lejos. Pero Leo ya la estaba besando de nuevo de una manera que la hacía sentir un deseo dulce y casi doloroso.

Leo sintió el suave temblor que recorrió el cuerpo de su amante cuando la atrajo más cerca de sí.

Él comenzó a acariciar aquel rincón vulnerable en el que se une el hombro con el cuello, cubriéndolo de besos hasta llegar al lóbulo de la oreja y juguetear allí con la punta de la lengua. Cada una de aquellas sensaciones pareció fundirse en una hasta que Jodi ardió con el fuego que él había creado en su interior. Sus pechos se morían por sentir el tacto de las manos de Leo, y, como si lo hubiera adivinado, él posó los pulgares sobre las cimas erectas de sus pezones. Jodi gimió de placer y cerró los ojos, agradecida por la oscuridad de terciopelo que la protegía, y volvió a abrirlos cuando sintió la boca de Leo sobre uno de sus pechos, y luego sobre el otro. Jodi hundió los dedos en los músculos de su espalda, y luego los movió hasta acariciarle el pelo mientras él le besaba el vientre. Quería apartarlo de allí, pero fue incapaz de mover las manos mientras él continuaba descendiendo más y más. Jodi no pudo resistirse al regalo que le estaba haciendo. Cuando Leo entró en ella, Jodi sintió cómo los dos cuerpos se completaban el uno al otro. Lo que estaban compartiendo era mucho más que un cúmulo de sensaciones. Jodi gritó su nombre y se introdujo más en él, abrazándolo en su interior, el lugar en el que tanto había deseado tenerlo. Era maravilloso sentir que estaba donde debía, que formaba parte de ella, en aquel momento y para siempre.

–Leo…

Pronunció su nombre exhausta de placer mientras los ojos se le llenaban de lágrimas que resbalaron por sus mejillas. Leo se las secó con ternura antes de volver a abrazarla.

Capítulo 7

Leo se permitió una sonrisa de satisfacción tras colgar el teléfono. La conversación con la policía había durado más de media hora. Antes de eso había invertido cinco minutos en hablar con Jeremy Driscoll para informarle de que presentaría cargos contra él por entrar ilegalmente en la fábrica si seguía adelante con la denuncia contra Jodi. Leo le preguntó secamente si tenía pruebas físicas del supuesto ataque parecidas a las que tenía Jodi en el brazo. Jeremy había tratado de contraatacar, pero al final había cedido.

Negociar con la policía no había resultado tan fácil. El comisario le había dicho que no quería que la gente pensara que estaban dispuestos a pasar por alto actos violentos. Leo le había rebatido diciendo que la manifestación había intentado ser pacífica, y que, como dueño de la fábrica, él no veía necesario presentar ninguna denuncia contra los trabajadores. El comisario había aceptado finalmente que si Jeremy Driscoll no seguía adelante con la denuncia, Jodi no tendría necesidad de pasar por la comisaría.

Leo tenía una hora libre antes de la reunión con los trabajadores, y había un asunto delicado y de vital importancia que tenía que discutir con Jodi.

Aunque había fingido dormir, Jodi se había dado cuenta del momento en que Leo se había levantado de la cama. ¿Cómo era posible que una mujer supuestamente inteligente cometiera dos veces el mismo error? Estaba preocupada por lo que podía pasarle cuando regresara a la comisaría, pero le preocupaban todavía más sus sentimientos hacia Leo. ¿Cuándo iba a atreverse a ponerles nombre?

Aquello era amor.

Un gemido a caballo entre la negación y el placer recorrió su garganta. Si al menos la noche anterior no hubiera sido tan perfecta… Se habían cumplido todos los deseos que siempre había soñado poder compartir en la intimidad con el hombre que amara. Y Leo no había dicho ni hecho nada que pudiera haberla llevado a

desear distanciarse de él.

Duchada y vestida, Jodi comenzó a bajar las escaleras. En el pasillo se cruzó con Leo. Él se quedó mirándola, y Jodi sintió cómo le fallaba la respiración. La fuerza del amor que sentía por él la debilitaba.

–Acabo de hablar con la policía –comenzó a decir Leo.

–No se me ha olvidado que tengo que regresar –replicó Jodi mirándolo con orgullo para demostrarle que no tenía miedo–. Lo mejor será que llame a algún abogado.

–No será necesario –dijo Leo mientras observaba la expresión de terror que ella trataba de disimular–. La policía ha considerado que no tienes que volver.

No estaba muy seguro de por qué había tomado la decisión de no contarle el papel que había jugado él en el asunto, pero le pareció lo más apropiado.

–¿No tengo que ir? –preguntó Jodi con voz temblorosa.

Todo su cuerpo se sacudió con alivio, y Leo se sintió tentado de estrecharla entre sus brazos y decirle que no permitiría que nada ni nadie le hiciera daño nunca más. Dio unos pasos en su dirección, pero consiguió controlarse a tiempo.

–¿Y qué pasa con Jeremy Driscoll? –preguntó Jodi con incredulidad.

–Al parecer ha cambiado de opinión –mintió Leo.

No quería que Jodi se sintiera obligada con él por haber hablado con Driscoll. Todavía tenía la sensación de que, en cierto modo, al menos en el terreno emocional, la había coaccionado la noche anterior para que hiciera el amor con él. Por eso no se había atrevido a decirle lo que sentía por ella. No quería presionarla. Podría explicarle cómo había luchado contra sus propios sentimientos, en parte por su error al juzgarla cuando la conoció, pero no quería utilizar el chantaje emocional para obligarla a decir que ella sentía lo mismo.

En cuanto a la posibilidad de que hubieran creado una nueva vida, la cosa cambiaba. Leo utilizaría todos los medios a su alcance para asegurarse de estar presente en la vida de aquel niño.

–Jodi, tengo que irme, pero antes me gustaría hablar contigo –le dijo.

Jodi sintió una losa en el estómago. Un frío paralizador recorrió

todas sus venas. Sabía que iba a decirle que lo que había ocurrido la noche anterior había sido un error. Jodi se preparó mentalmente para aquellas palabras.

–Vayamos a la cocina –dijo Leo para su sorpresa–. Debes de tener hambre.

Jodi se sentía incapaz de probar bocado, pero dejó que él le preparara un tazón de cereales y sirviera café para los dos antes de empezar a hablar.

–La primera vez que nos vimos me equivoque al juzgarte, Jodi.

Leo hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas. Ella se puso a la defensiva.

–Me preocupa que hayamos sido culpables de negligencia en nuestro comportamiento, que no hayamos pensado en las consecuencias de…

Leo dejó de hablar y sacudió la cabeza antes de tomar de nuevo la palabra.

–Lo que quiero decir es que si hay alguna posibilidad de que te hayas quedado embarazada… bueno, habrá que hacer algo. No me gustaría que…

Embarazada. El corazón de Jodi comenzó a latir con tanta fuerza que parecía querer salírsele del pecho. «Habrá que hacer algo». Trato de asimilar el significado de aquellas palabras. ¿De verdad se le pasaba por la cabeza que ella «haría algo» en el caso de que llevara en su interior a su hijo? Ella nunca permitiría una cosa así. Nunca.

Jodi sintió que la sangre se le helaba. Se había preparado para oírle decir que no se tomara en serio lo que había ocurrido la noche anterior, que se había tratado de un encuentro sexual sin mayores implicaciones. Pero el hecho de que él estuviera dispuesto a tomar cartas en el asunto de las supuestas consecuencias de su intimidad compartida la hería más de lo que podía soportar. Estaba furiosa, más de lo que habría estado con cualquier otra cosa que hubiera dicho. ¿Qué era lo que le preocupaba? ¿Ser padre de un niño no deseado, o enfrentarse a las reclamaciones económicas o emocionales que ella podría hacerle? ¿Qué clase de mujer pensaba que era?

–No hay ninguna posibilidad de que esté embarazada –dijo de pronto sin pararse a pensar en sus palabras.

Parecía muy segura de lo que decía. Leo frunció el ceño. Tal vez se había equivocado al pensar que el hecho de no tener experiencia conllevaba no tomar precauciones para no quedarse embarazada.

–Pero aquella noche en mi suite fue tu primera vez, y… –comenzó a decir Leo sin poder contenerse.

–¿Cómo puedes estar tan seguro? –lo interrumpió Jodi furiosa–. Además, solo porque tú hayas sido mi primer… eso no significa que vaya a quedarme embarazada.

Jodi se levantó de la mesa y cruzó resueltamente la cocina.

–Voy a recoger mis cosas y volver a casa –le dijo a Leo antes de salir–. Y no quiero volver a verte en mi vida. Desde que llegaste a Frampton no has hecho otra cosa que hacerle la vida imposible a todo el mundo. Y déjame decirte que jamás cargaría a mi hijo con el peso de tenerte a ti como padre.

–¿Seguro que estás bien?

Jodi le lanzó una mirada de rabia mientras Leo abría la puerta del copiloto de su coche. Tras la discusión, había aceptado a regañadientes que la llevara a casa.

–Estaré mucho mejor aquí que en tu casa la noche pasada –dijo Jodi con frialdad.

Leo insistió en llevar su bolsa hasta la puerta y esperar hasta que entrara. Una vez dentro, Jodi no pudo resistir la tentación de verlo marcharse en el coche. Tenía miedo del futuro, y estaba furiosa consigo misma. Pero era lo suficientemente madura como para no dejarse llevar por aquella locura emocional.

Mientras dejaba atrás la casa de Jodi, Leo pensó que lo que menos le apetecía en esos momentos era sentarse en una mesa de negociaciones. Solo podía pensar en agarrar a Jodi Marsh y decirle sin tapujos lo que sentía por ella, y lo solo que iba a estar si salía de su vida. Se había prometido a sí mismo no utilizar ninguna clase de chantaje emocional para presionarla, pero las palabras de Jodi, diciendo que no quería que fuera el padre de su hijo, lo habían herido, y mucho. Había estado a punto de decirle: «No te equivoques, Jodi Marsh. Si tu cuerpo pudiera hablar, diría lo mucho

que me desea». Para su consternación, Leo se dio cuenta de que estaba hablando solo. Ahora entendía por qué se decía que el amor era una forma de locura.

Agotada por todo lo que había pasado, Jodi cayó en la cuenta de que se moría de sueño. Normalmente tenía energía de sobra, pero los últimos días se había sentido totalmente exhausta. Al llegar a casa había intentado poner una lavadora, pero vio la cama, una cosa llevó a la otra, y…

El sonido del timbre de la puerta la despertó. Se había quedado profundamente dormida con la ropa puesta. Bajó por las escaleras con el corazón latiéndole a mil por hora ante la perspectiva de que fuera Leo.

Pero el visitante no era él, sino Nigel. Su primo blandía un periódico en la mano cuando ella lo dejó pasar.

–Sales en portada –le dijo–. ¿No has leído la prensa?

Jodi le quitó el periódico de las manos. La cara le ardía de vergüenza mientras observaba la fotografía de las detenciones del día anterior.

–Me estaba temiendo que me tocara sacar a la puritana de mi prima de la cárcel –bromeó Nigel entrando en la cocina–. Pero al parecer Leo se me adelantó.

–¿Cómo lo supiste? –preguntó Jodi.

–Llamando a la comisaría –le contó su primo–. Al parecer, Leo ha debido de presionar a Jeremy Driscoll para que no te pusiera una denuncia.

–Pero Leo dijo que Jeremy había cambiado de opinión –protestó Jodi.

–Sí, pero después de que Leo lo amenazara con acusarlo a él –corrigió Nigel–. Me da la impresión de que Leo se toma muchas molestias por ti. Esto no será el principio de la típica historia de amor entre dos personas que son enemigas, ¿verdad?

La sonrisa burlona de Nigel desapareció de su rostro cuando vio la expresión pálida de su prima.

–¿Estás bien? –preguntó preocupado.

–Estoy perfectamente –mintió Jodi.

Tras invitarla a cenar sin éxito, Nigel se dirigió a la puerta. Jodi

lo vio salir. Nigel era su mejor amigo, además de su primo, y se sentía culpable por mentirle. Pero tenía cosas más importantes en qué pensar: se sentía confusa al saber que Leo había intervenido a su favor ante las autoridades, pero eso no cambiaba lo que Jodi sentía por lo que le había dicho. Nunca le perdonaría que hubiera pronunciado aquellas palabras. Pero tendría que agradecerle lo que había hecho por ella, y cuanto antes lo hiciera, antes se lo quitaría de encima. Apretando los dientes, Jodi subió para darse una ducha y cambiarse de ropa.

Leo vio cómo Jodi atravesaba la puerta principal de Ashton House. Él estaba de pie en la habitación que utilizaba como despacho. Acababa de hablar con su nuevo socio en el negocio de distribución que pensaba montar en la fábrica cercana a la autopista.

Tal y como había informado a los representantes de los trabajadores de Frampton, había decidido mantener abierta la fábrica, aunque dejaba en sus manos la responsabilidad de demostrarle que había tomado la decisión correcta. Tendrían que conseguir una producción extra que le asegurara al negocio una posición competitiva respecto a sus rivales.

Aunque era verano y hacía calor, Jodi llevaba un traje de chaqueta negro muy formal. En cambio, Leo se había cambiado después de la reunión y se había puesto unos pantalones vaqueros. Jodi no pudo evitar pensar en lo guapo que estaba cuando le abrió la puerta.

¿Por qué tenía que sentir lo que sentía por él? El amor se entremezclaba con la furia provocada por las palabras que había dicho aquella mañana. Quizá para un hombre de negocios tan poderoso como él un niño suponía un problema del que había que deshacerse. Pero ella jamás tomaría una decisión semejante si tuviera la más mínima sospecha de que pudiera estar embarazada. Después de todo, le había mentido a Leo. No tomaba precauciones para evitarlo. Pero se estaba preocupando sin necesidad. No estaba embarazada. Seguro que no. Además, ¿no tenía ya bastantes problemas?

–Nigel ha venido a verme –dijo con determinación mientras

entraba en la casa–. Me ha dicho que te debo a ti el no haber tenido que regresar a la comisaría.

–Jodi… –comenzó a decir Leo.

–¿Es eso cierto? –lo interrumpió ella sacudiendo la cabeza–. ¿Por qué lo has hecho? ¿Para que me sintiera obligada hacia ti, y así proponerme que… ?

–Ya basta –intervino él.

Ahora le tocaba a ella callarse y aguantar la mirada furiosa de Leo. ¿De verdad pensaba que él podría caer tan bajo como para obligarla a hacer el amor con aquel argumento? Además de rabia, Leo sintió también una punzada de dolor.

Pero Jodi no iba a permitir que le dijera que estaba equivocada. Después de lo que había dicho por la mañana, le parecía lógico pensar que él utilizara el favor que le había hecho para conseguir que aceptara su solución en caso de un embarazo no deseado.

–A ti no te importan los sentimientos, ni la vida de las personas –dijo Jodi–. Te da igual cerrar la fábrica y dejar a la gente sin trabajo.

Jodi pensó para sus adentros que ni siquiera le importaba dejar sin vida a su propio hijo. Semejante pensamiento le hizo daño, no solo por el niño que estaba segura que no existía, sino por la destrucción de sus propios sueños. En algún lugar de su interior, Jodi había visto en Leo un héroe, alguien especial, investido con las virtudes que todas las mujeres buscan. Sobre todo la capacidad de proteger a los más débiles. Le dolía pensar en cuánto se había equivocado.

–Si esta es tu manera de convencerme para que no cierre la fábrica –dijo Leo furioso–, déjame decirte que los métodos que empleaste en mi suite fueron bastante más efectivos.

Nada más pronunciar aquellas palabras se dio cuenta de que había sido un error, pero ya era demasiado tarde. La mirada que Jodi le dirigió estaba cargada de odio. Leo tragó saliva mientras contemplaba el leve temblor de sus labios, los mismos labios que él había besado no mucho tiempo atrás.

La fuerza de la rabia que sentía le impedía a Jodi romper a llorar. ¿Cómo podía caer tan bajo y arrojarle aquello a la cara? Le demostraría que ella también sabía ser ofensiva.

–Si supiera que mis tácticas iban a funcionar, lo intentaría –dijo

con falsa dulzura antes de cambiar de tono y hablar con autoridad–. Pero si yo estuviera en tu lugar, me aseguraría de mi posición antes de acusar a nadie. No pienso seguir escuchándote.

Jodi le dirigió una última mirada de odio antes de marcharse sin darle la oportunidad de detenerla.

¿Por qué no le había dicho que había encontrado la manera de mantener la fábrica abierta? Simplemente, porque su estúpido orgullo masculino se lo había impedido. Esa era la única razón.

Cuando llegó a su casa, Jodi tenía un ligero mareo. Se dijo a sí misma que le había dado el sol y que además apenas había comido. Pensar en cualquier otra posibilidad era una estupidez. Y aún así, no podía dejar de plantearse las consecuencias que podría llegar a tener su irresponsable comportamiento. Le gustaban los niños, de hecho quería ser madre en el futuro. Pero no en aquel momento, y desde luego no de aquella manera. Quería que sus hijos fueran fruto del amor de dos personas comprometidas en su relación y con el futuro de sus hijos. La imaginación de Jodi la llevó a crear imágenes muy duras de la maternidad en solitario. Pero entonces pensó que se estaba asustando sin necesidad, que estaba convirtiendo las leves náuseas que sentía en algo que no era. Además, aunque estuviera embarazada, era demasiado pronto para sentir ese típico malestar. ¿Pero y si lo estaba? Una mujer de su posición, maestra de escuela, embarazada tras un encuentro de una noche. Avergonzada por su comportamiento, Jodi repasó mentalmente los días que le faltaban para asegurarse de que estaba fuera de peligro. Hasta que llegara el momento, lo único que podía hacer era tratar de no perder los nervios.

Capítulo 8

El grupo de madres reunido a las puertas de la escuela estaba armando más revuelo de lo acostumbrado. Una de ellas llamó a Jodi, que salía en aquel momento.

–¿Te has enterado de la noticia? ¿No es maravilloso? Cuando John vino el sábado a casa y me dijo que Leo Jefferson había anunciado que mantendría la fábrica abierta, no me lo podía creer.

Jodi se la quedó mirando fijamente. Antes de que pudiera poner orden a sus confusos pensamientos, otra de las madres se unió al grupo.

–Nos ha sorprendido mucho el comportamiento del señor Jefferson, primero intercediendo por ti ante la policía y luego esto –dijo mirándola de una manera extraña–. Claro que tú sabrías antes que el resto lo que iba a pasar.

El rostro de Jodi comenzó a arder. El grupo la miraba con una especie de curiosidad burlona. Jodi no entendía qué estaba pasando hasta que oyó la voz de Myra Fanshawe.

–Personalmente creo que es vergonzoso –exclamó Myra con vehemencia–. Una persona de su posición, directora de una escuela, envuelta en una relación de esta naturaleza… aunque debo decir que no me sorprende. Nunca estuve de acuerdo con sus métodos de enseñanza.

Myra estaba hablando con una de las madres, dándole la espalda a Jodi. Cuando la vio acercarse, la mujer le susurró algo a Myra mientras se sonrojaba. Pero Myra no parecía compartir su vergüenza. Se dio la vuelta y siguió hablando más alto todavía.

–No me importa que me oiga. Es a ella a quien han pillado. Mira que pasar la noche en su suite… y luego trata de vendernos que es la virtud personificada.

Jodi sintió que su rostro enrojecía más mientras contemplaba el brillo de triunfo en los ojos de Myra. Aquella mujer nunca la había tragado. Tampoco Jodi la apreciaba, pero había demasiado en juego como para dejarse llevar por los sentimientos. Jodi se recordó a sí

misma sus obligaciones como directora de la escuela y se dirigió a Myra dando un profundo suspiro.

–Me parece que soy la protagonista de esta discusión, en cuyo caso… –comenzó a decir.

–Espero que no intentes negarlo –la interrumpió Myra de malos modos–. Eileen, la recepcionista, y mi aijada para más señas, te vio llegar al hotel y también salir a la mañana siguiente. Te reconoció enseguida en la foto del periódico. No podía creérselo cuando leyó que te habías estado manifestando en la fábrica después de haber pasado la noche con su dueño.

El corazón de Jodi estuvo a punto de pararse. Aquello era peor de lo que había esperado. Los rostros de las demás madres reflejaban que las palabras de Myra las habían impresionado. ¿Qué podría decir en su defensa? ¿Qué circunstancias atenuantes podría alegar? Pensó que nada de lo que pudiera decir lograría mejorar la situación, y que contar la verdad podría incluso empeorar las cosas.

–Supongo que te darás cuenta de que, dada mi posición en el Consejo Escolar, es mi deber exponer las dudas que me ofrece tu comportamiento –continuó Myra–. Por no hablar de tu capacidad para educar a nuestros hijos.

–Yo no he… –trató de defenderse Jodi.

–Y para colmo, la policía te lleva arrestada –la interrumpió Myra casi gritando–. Creo que la Consejería de Educación debería estar al tanto.

Las madres más impresionables se estaban dejando llevar por el fervor que Myra ponía en su discurso. Algunos comenzaron a mirar a Jodi por el rabillo del ojo. Por suerte, en aquel momento sonó el timbre que llamaba a las clases y le dio la oportunidad de escapar de su verdugo.

Media hora más tarde, Jodi contemplaba sin mirar el paisaje a través de la ventana de su despacho. Había escapado de su verdugo, pero no de su tormento. Sabía que Myra podía hacerle la vida imposible. Los demás miembros del Consejo se mostrarían obviamente preocupados por la catadura moral de la directora de la escuela. Seguramente no tomarían medidas disciplinarias contra ella, pero su reputación se vendría abajo. Y en cuanto a la

Consejería de Educación, bien podría ser un farol de Myra, pero Jodi sabía que su propia conciencia le impediría permanecer en la escuela contra los deseos de los padres si estos pensaban que no era la persona adecuada para hacerse cargo de sus hijos.

A Jodi se le encogió el corazón. Después de lo duro que había trabajado, su honor estaba en entredicho. Pero, ¿qué podía decir en su defensa? Le dolía la cabeza. Se había obligado a sí misma a tomar un buen desayuno por la mañana para demostrarse que no era víctima de las típicas náuseas matinales de los primeros meses de embarazo. Ahora no se sentía del todo bien, pero seguramente se debía a la tensión y a la ansiedad de la situación. Lo malo era que tenía un ciclo irregular, sobre todo en épocas de estrés.

Los comentarios de Myra no habían disipado la incomodidad que había sentido al saber que, al contrario de lo que él le había dicho, Leo había decidido mantener la fábrica abierta. ¿Por qué entonces había dejado que ella lo acusara?

Era casi la hora de comer cuando Leo se enteró de lo que le estaba pasando a Jodi.

Había estado reunido con sus asesores financieros casi toda la mañana para estudiar los cambios empresariales en las fábricas que había adquirido. Los miembros de su equipo contable habían sacudido la cabeza cuando les dijo que quería montar su propia red de distribución. Pero tratándose de Leo, tenían que admitir que, con toda probabilidad, la operación sería un rotundo éxito.

Pero en quien había estado pensando Leo durante toda la mañana era en Jodi, y en la discusión que habían tenido el día anterior. No debió haberla dejado marchar así. Tenía una reunión en la fábrica, y cuando llegó, se encontró con que Jeremy Driscoll lo estaba esperando.

–Tengo que recoger unos papeles –le espetó Driscoll, furioso–, pero los cretinos que has dejado al cargo no me dejan entrar.

–Cumplen mis órdenes –dijo Leo.

Encima de la mesa había un ejemplar del periódico local. Leo frunció el ceño cuando vio la fotografía de Jodi en primera página.

–Aquí tenemos a doña perfecta –comentó Driscoll con sorna–. Ahora todo el mundo sabrá quién es en realidad.

–¿Qué quieres decir? –inquirió Leo mientras contemplaba un brillo maligno en los ojos de Jeremy Driscoll.

–¿A ti qué te parece? –preguntó él con sonrisa burlona–. La vieron salir de tu suite y dejar el hotel a primera hora de la mañana. ¿Qué tal estuvo? Apuesto a que bien. Pero seguro que los padres de sus alumnos no opinan lo mismo. No me extrañaría que la obligaran a dimitir.

Mientras lo escuchaba, Leo sintió que se le encogía el corazón. Jeremy parecía muy seguro de lo que estaba diciendo. Estaba claro que alguien había visto a Jodi saliendo de su suite. El cerebro de Leo comenzó a trabajar rápidamente en busca de una salida para protegerla, y solo encontró una manera.

–¿Qué hay de malo en que dos personas que están comprometidas pasen la noche juntos? –le preguntó a Jeremy con calma aparente sin apartar la vista.

–¿Comprometidos? –preguntó Jeremy con incredulidad–. Si eso es cierto, ¿por qué no lo sabe nadie?

–Porque habíamos decidido no decirlo por el momento –respondió él–. No creo que sea asunto tuyo, ni de nadie más. Y por cierto –continuó Leo sonriendo con malicia–. Las autoridades han detectado ciertas anomalías en la contabilidad que tú reemplazaste tras el incendio. Ya les hemos dicho que cuenten con nuestra colaboración para indagar hasta el final.

Jodi miró por encima de su mesa sintiéndose fatal. Para colmo de males, aquella tarde había una reunión de padres en la que se suponía que ella debería hablar sobre su intención de aumentar las actividades extra escolares. Jodi se estremeció. Ya se imaginaba quién iba a ser ahora el centro de conversación de la reunión.

No era digna de ser profesora, ni de ocupar una posición de responsabilidad. Myra Fanshawe tenía razón cuando dijo que los padres iban a criticar su comportamiento. Jodi comenzó a sentirse realmente enferma. Aquel tipo de cotilleos se expandía como el fuego. Ella lo sabía. ¿Cuánto tiempo faltaría para que llegara a oídos de su familia? Su primo, sus padres… ¡Sus padres! Se le hizo un nudo en el estómago. Ambos estaban jubilados, y en aquel momento disfrutaban de un largo viaje por América, pero alguna

vez tendrían que regresar. Estaban tan orgullosos de ella, de todo lo que había conseguido para la escuela… ¿Qué iba a contarles cuando le pidieran una explicación? ¿Que había visto a Leo Jefferson en el vestíbulo de un hotel y se había sentido irremediablemente atraída hacia él? Pero no era solo deseo. El deseo no afectaba a las emociones de aquella manera. El deseo no despertaba a una persona en medio de la noche gritando de pena porque ha descubierto la cruel realidad sobre el hombre al que ama.

El estómago de Jodi se rebeló con más fuerza. No iba a vomitar, no iba a… pero no pudo controlarse.

Más tarde, cuando se dirigía a la primera clase de la tarde, Jodi trató de convencerse a sí misma de que era la tensión, y nada más. Se preguntó si no sería demasiado pronto para comprarse una de esas pruebas de embarazo, así estaría completamente segura. Pero pensó en el efecto que causaría si fuera vista comprándolo en un momento como aquel. No, no podía arriesgarse.

Tenía la impresión de que habían pasado mil años desde que fuera un modelo de moralidad que contaba con el apoyo de padres y autoridades escolares. Aquella parecía ser otra Jodi. ¿Cómo era posible? Había oído que enamorarse era una forma de locura. ¿Estaba ella enamorada? De ninguna manera podía pensar en seguir enamorada de Leo Jefferson. De ninguna manera.

Leo miró su reloj. Había estado reunido durante toda la tarde, pero por fin estaba libre. Era consciente de que debería advertir a Jodi sobre su «compromiso», pero teniendo en cuenta la manera en que se había despedido la última vez que se habían visto, tenía serias dudas de que una llamada telefónica sirviera de algo. Pero debería llamarla a casa, explicarle lo que había pasado y decirle que, cuando los cotilleos se hubieran apaciguado, podrían dejar caer discretamente que habían roto el compromiso.

Cuando recordaba la mirada turbia de Jeremy Driscoll aquella mañana, Leo sentía ganas de matar. Hubiera deseado tener de verdad el derecho de proteger a Jodi de la manera que deseaba. Y la mejor manera de hacerlo era que ella llevara en el dedo un anillo.

Su anillo de compromiso. Mientras se dirigía al coche, Leo tuvo que reconocer que era más italiano de lo que se imaginaba, lo que le recordó que tenía que telefonear a sus padres. La visita que les había prometido tendría que esperar, al menos hasta que él estuviera completamente seguro de que Jodi estaba bien.

Jodi se puso tensa cuando Myra Fanshawe se separó del grupo de padres que esperaban en la puerta de la escuela y se enfrentó a ella.

–¿Vas a asistir a la reunión de esta tarde? –preguntó Myra–. Te lo pregunto porque ahora que tienes un novio rico tal vez no te preocupe tanto el futuro de tus alumnos…

Jodi se preguntó de qué diablos estaría hablando. Myra se colocó delante de ella mirándola con los ojos entrecerrados.

–Aunque estés comprometida con Leo Jefferson, hay algunos puntos que es necesario aclarar –continuó Myra–. No solo ante los padres, sino también ante la Consejería de Educación.

–Espera un momento –la interrumpió Jodi con firmeza–. ¿Qué quieres decir con eso de que estoy comprometida con Leo Jefferson?

–Es un poco tarde para hacerse la inocente –replicó Myra–. Creo que deberías haberlo sido de veras en lugar de poner en entredicho la reputación de la escuela.

–Myra… –comenzó a decir Jodi.

Pero se detuvo cuando vio al grupo de padres que estaba frente a la puerta apartarse para dejar paso al Mercedes que llegaba en aquel instante.

–Aquí llega tu prometido –anunció Myra con retintín mientras Leo se bajaba del coche–. Espero que no piense que por haber comprado la fábrica de Frampton tiene algún tipo de autoridad.

Leo había llegado ya a su altura. Por alguna razón que Jodi no tenía intención de analizar, una parte de ella se alegró de verlo allí. Y eso que, para empeorar todavía más las cosas, Leo la tomó con aire posesivo del brazo y depositó un beso suave en su mejilla.

–Ya te lo explicaré cuanto estemos solos –murmuró él en su oído.

Luego se separó un poco de ella.

–Siento llegar tarde, cariño. He estado muy liado –dijo en voz

alta.

Y antes de darle a Jodi la oportunidad de reaccionar, Leo la guió hacia el coche, abriéndole educadamente la puerta del pasajero y sentándose luego a su lado.

Jodi esperó a estar fuera del campo de visión de los padres para empezar a hablar.

–¿Puedes explicarme qué está pasando, y por qué Myra Fanshawe cree que estamos prometidos? –preguntó.

Se sentía agotada y hambrienta. Jodi tuvo que resistirse con todas sus fuerzas a la tentación de pedirle a Leo que parara el coche para apoyar la cabeza en su hombro y llorar hasta quedarse a gusto.

–¿Quién es Myra Fanshawe? –se interesó él.

–Es una buena amiga de Jeremy Driscoll –respondió Jodi.

–Eso explica por qué está al tanto de nuestro compromiso –dedujo Leo

–¿Nuestro compromiso? ¿Qué compromiso? No estamos prometidos… –aseguró ella con rudeza.

–No tuve elección, Jodi –respondió Leo con calma–. Driscoll me dijo que te habían visto salir de mi suite a primera hora de la mañana y…

–Ya sé lo que vas a decir –lo interrumpió ella–. Que, según la gente, por eso soy una especie de perdida, una mujer poco recomendable para enseñar a niños inocentes. Por el amor de Dios, solo me he ido a la cama contigo dos veces, eso no significa que…

Para su disgusto, Jodi sintió que se llenaban los ojos de lágrimas y se le quebraba la voz. La emoción era demasiado intensa.

–Sé exactamente lo que significa y lo que no significa –dijo Leo tratando de tranquilizarla–. Pero eso solo nos atañe a ti y a mí. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Jodi no respondió. Seguía mirando por la ventanilla del coche. Leo distinguió el rubor en sus mejillas y se le encogió el corazón.

–Pensé que no te gustaría que pusiera un anuncio a toda página en el periódico diciendo que eras virgen hasta que entraste aquella noche en mi suite –continuó Leo.

–Eso no significa que tengas que decir que estamos prometidos –protestó Jodi.

–Lo hice para protegerte –dijo Leo.

¡Para protegerla! ¿Cómo podía decir eso cuando le había dejado

claro que no quería que tuviera a su hijo? O tal vez de eso se trataba. Tal vez quería hacerla sentirse segura para que confiara en él y así tenerla cerca para actuar con rapidez si fuera necesario.

–No tienes por qué protegerme –dijo Jodi con furia.

–A lo mejor tú no lo ves así –repuso Leo–. Pero yo siento que es mi responsabilidad.

Jodi fue consciente en aquel momento de lo varonil y fuerte que era. Cómo le gustaría apoyarse en aquella fuerza, sentir que podía encontrar en él amor y protección. La voz de Leo había sonado tan segura que Jodi no pudo evitar mirarlo, aunque al segundo deseó no haberlo hecho. La visión de su perfil le provocó una oleada de deseo que borró cualquier otra sensación. Jodi se puso a la defensiva. Se dijo a sí misma que no debería desearlo… que no debería amarlo.

–No eres la única que tiene una reputación que mantener –continuó Leo–. ¿Cómo crees que va a afectarme a mí si se hace público que tú y yo… ?

–¿Quieres decir que haces esto por ti, y no por mí? –lo retó Jodi.

Saber que su comportamiento era motivado por su egoísmo la ayudaría a acabar con el amor que sentía por él.

–Lo hago porque en este momento es la única opción que tenemos –respondió él con firmeza.

Jodi sintió que le fallaban las fuerzas. Sería un alivio dejar que Leo se encargara de todo, que se interpusiera entre ella y la desaprobación de la opinión pública. Dejar que el mundo supiera que la amaba y…

No. No podía permitirlo. Porque si lo hacía, corría el peligro de creérselo ella misma.

–No –le dijo sacudiendo la cabeza–. No voy a esconderme detrás de ti, Leo, ni voy a mentir. Puede que lo que haya hecho sea inmoral a los ojos de algunas personas. Pero para mí, sería peor mentir al respecto. Si la gente quiere juzgarme y condenarme, lo acepto. Afrontaré las consecuencias de mis actos.

Leo contempló en los ojos de Jodi la batalla entre el miedo y el orgullo, y sintió cómo se mezclaban en su interior la admiración por su comportamiento y la ternura que despertaba en él la vulnerabilidad que pretendía ocultar. Era tan inocente y tan ingenua… Tenía que protegerla de los demás y de sí misma.

Leo dirigió el coche hacia el camino de Ashton House.

–Te crucificarán –le dijo con seriedad–. ¿Quieres arrojar por la borda todo por lo que has luchado? Porque te aseguro que eso es exactamente lo que ocurrirá.

–Hay más escuelas –contestó Jodi mientras trataba de reponerse al dolor provocado por aquellas palabras.

Leo paró el coche, y Jodi cayó en la cuenta de dónde estaban.

–¿Por qué me has traído aquí? –preguntó indignada–. Quiero irme a casa.

–Eres mi prometida –replicó Leo suavemente–. Esta es tu casa.

–No –protestó Jodi furiosa sacudiendo la cabeza–. Esto no puede ser. No podemos estar prometidos. Llévame a mi casa. Si no acudo a la reunión de esta noche, Myra Fanshawe tendrá el terreno abonado.

Jodi se hundió en el sofá. La reunión había resultado todo lo terrible que esperaba. Myra había tratado de convertirla en un debate sobre moralidad para humillar y avergonzar a Jodi todo lo posible.

Pero Jodi había contado con apoyos. Mucha gente se había acercado para felicitarla con cariño verdadero por su compromiso.

–Ha debido de ser muy duro para vosotros –le había dicho una de las madres–. Tu prometido pensando en cerrar la fábrica, y tú luchando por mantenerla abierta. Pero ya se sabe –había añadido con una sonrisa–. El amor lo puede todo.

Tal vez sí, pero Jodi nunca iba a averiguarlo. Estaba claro que Leo no la quería.

Sonó el teléfono, y Jodi descolgó el auricular. Esperaba la llamada de Nigel.

–Eres una caja de sorpresas –le espetó su primo de entrada.

–Te has enterado –adivinó Jodi con el corazón encogido.

–Pues claro –asintió Nigel con sequedad–. Lo sabe todo el pueblo. Y por cierto, mis padres me han llamado para preguntarme cuándo van a conocer a tu prometido. Y creo que mi madre ha llamado a la tuya esta tarde.

–¿Qué? –preguntó Jodi casi sin voz–. Pero yo no quería que lo supiesen.

–¿Cómo? –dijo Nigel, extrañado.

–Quiero decir que no quería que lo supieran todavía –corrigió ella–. Me habría gustado contárselo yo misma, pero como todo ha ocurrido tan deprisa…

–Muy deprisa –admitió su primo con franqueza–. Tengo que decir que me sorprendió saber que habías pasado la noche con Leo en su hotel, sobre todo al ver que lo trataste como al enemigo público número uno durante aquella cena.

¿Cómo podría explicarle a su primo lo que había ocurrido? Y si no podía explicárselo a él, ¿cómo iban a entenderlo los demás?

Había estado muy segura de sus palabras cuando le había dicho a Leo que no quería esconderse detrás de él, pero ahora se daba cuenta de que las cosas no eran tan simples. Tenía que tener en cuenta los sentimientos de sus seres queridos.

Jodi estuvo un buen rato mordiéndose el labio inferior después de colgar el teléfono. Entonces se levantó y volvió a descolgar el aparato. Marcó el número de Leo con un temblor traicionero en los dedos. El sonido de su voz al otro lado fue suficiente para que el estómago se le pusiera del revés.

–Soy Jodi –dijo con voz ronca–. He estado pensando en lo que dijiste sobre nuestro… nuestro compromiso, y estoy de acuerdo.

Leo no respondió. Jodi sintió cómo se le secaba la boca. Tal vez él hubiera cambiado de opinión y ya no le importara su propia reputación ni sentía que era su responsabilidad proteger la de ella.

Y entonces oyó el inconfundible sonido del teléfono al colgarse. El corazón de Jodi dio un vuelco. Leo había cambiado de opinión. Y ahora, ¿qué iba a hacer ella?

Se recostó en el sofá en posición fetal. Diez minutos más tarde, sonó el timbre de la puerta. Pensó que sería sin duda Nigel y se dirigió a la puerta con los pies descalzos.

Pero no era Nigel, sino Leo. Jodi se quedó parada en medio del pasillo. Llevaba una botella de champán y un par de copas.

–Solo conozco una manera de que las parejas celebren su compromiso –dijo Leo lacónicamente–. Y es con una cama y en la intimidad. Pero como nuestro compromiso no es del tipo «para toda la vida», esta es una buena alternativa.

Cuando terminó de hablar, Leo la miró. Jodi tenía la cara sonrojada, y no por vergüenza o rabia, sino por el calor que sus

palabras habían despertado en su interior.

–Claro, que si prefieres la primera opción… –sugirió Leo con suavidad.

–Lo que preferiría es no estar en esta situación –replicó Jodi mirándolo indignada.

Leo se preguntó qué pensaría si supiera las ganas que tenía de tomarla en brazos, llevarla a algún lugar íntimo y retenerla allí hasta saciarla con el amor que sentía por ella.

–¿Qué tal ha ido la reunión de padres? –le preguntó amablemente mientras abría el champán y servía las dos copas.

–Nuestro compromiso despierta distintas reacciones –contestó Jodi secamente.

No quería contarle que Myra le había dicho antes de marcharse que creía que era su deber moral informar de la situación a la Consejería de Educación.

–Nos estamos ahogando en un vaso de agua –dijo Leo con aire conciliador–. Dentro de seis meses todo estará olvidado.

Jodi se mordió los labios. Tal vez él la olvidara en seis meses, pero ella no podría olvidarlo nunca.

Leo le extendió la copa de champán, pero ella la rehusó negando con la cabeza.

–No, no puedo –dijo en tono sombrío.

Para su alivio, Leo no la presionó.

–¿Es por el efecto que te causó el cóctel en el hotel? –preguntó mientras ponía la copa sobre la mesa–. Yo olí la jarra, y te aseguro que aquello era una mezcla letal de alcohol.

Pero Jodi negó con la cabeza sin dejarle terminar. En otras circunstancias, tal vez no se hubiera negado a tomar un sorbo de champán.

–No es por eso –contestó con acritud–. Es que no me gusta fingir. Me parece mal celebrar de una manera tan romántica algo que no es más que una farsa.

A Leo se le formó un nudo en la garganta. Había hablado de forma tan directa e inesperada, y parecía tan triste y tan adorable, que sintió ganas de abrazarla y…

–Jodi, yo…

–Por favor, no quiero hablar más de esto –dijo ella levantándose.

Sabía lo que Leo le iba a decir. Diría que dadas las

circunstancias daba igual no comportarse de manera honesta. Pero había algo insoportablemente doloroso para ella en todo aquello, como si fuese una profanación utilizar frívolamente una costumbre que debería estar reservada únicamente para los que se amaban de verdad.

–Me gustaría que te fueras –dijo Jodi con voz entrecortada.

Leo dudó por un instante. Parecía tan frágil, tan vulnerable, que le habría gustado quedarse con ella. Además, estaba muy pálida y parecía cansada.

–Jodi, ya hemos hablado de esto –comenzó a decir Leo con el ceño fruncido–. Pero si existe alguna posibilidad de que estés embarazada, entonces yo…

–No estoy embarazada –lo interrumpió ella, cortante.

Jodi se había estado preguntado si no lo habría juzgado mal. La sensibilidad que había mostrado hacia su situación había debilitado sus defensas, pero ahora acababa de darle la prueba de que no se había equivocado respecto a él. Estaba claro que Leo solo tenía una razón para haber ido a su casa. Solo le importaba una persona en el mundo, y desde luego no eran ni ella ni el niño que podría estar esperando y que él no quería que tuviera.

–Estoy cansada –le dijo de manera inexpresiva–. Quiero que te vayas.

Jodi se dirigió a la puerta, y él la siguió.

Cuando estuvo de nuevo en el coche, Leo se preguntó qué había esperado ganar con aquella visita. ¿De verdad pensaba que con llamarla por teléfono y llevar champán para celebrar un compromiso ficticio iba a conseguir que ella lo amara?

Debía de estar loco, pero seguía siendo un hombre de honor y quería asegurarse de que la reputación de Jodi estaba a salvo, tanto si ella quería como si no. Por algo estaban comprometidos a los ojos del mundo. Y pronto ella llevaría puesto un anillo para demostrarlo.

Capítulo 9

Jodi no pudo evitar contemplar el discreto y a la vez bellísimo solitario de diamantes que llevaba en el dedo.

Había protestado una y otra vez contra la decisión de Leo de comprarle un anillo de compromiso, pero él no se había rendido. Al final había sido ella quien había dado su brazo a torcer, en parte por cansancio y en parte por cobardía, aunque eso último le costara admitirlo.

Sus tíos, los padres de Nigel, los habían invitado a Leo y a ella a cenar, y Jodi sabía que, al ser de otra generación, esperarían que una mujer comprometida llevase un anillo. Y por eso y solo por eso había permitido que Leo la llevara a la ciudad y le comprara el anillo que llevaba ahora en la mano izquierda. En un principio había insistido en que tal vez fuera mejor llevar algo de imitación, pero Leo se había enfadado tanto ante la sugerencia que había desistido. No le había permitido ver el precio del anillo que él había elegido finalmente para ella. Había intentado optar por el diamante más pequeño de la joyería, pero Leo quiso que se probara varios anillos antes de asegurar que el que más le gustaba era el que llevaba puesto en esos momentos.

Su elección había sido un impacto para Jodi, porque aquel era el anillo que ella habría elegido en otras circunstancias. Ahora, sentada en el coche al lado de Leo, no podía evitar tocar el solitario mientras el diamante captaba la luz del día, reflejándola en forma de destellos.

No esperaba precisamente con emoción la cena de aquella noche. Sus tíos eran una pareja muy tradicional, sobre todo su tía, y seguro que iba a plantear todo tipo de preguntas complicadas.

–No tenías por qué hacer esto –le dijo a Leo mientras le explicaba cómo llegar hasta la casa–. Podía haberme inventado alguna excusa. Con todo lo que ha pasado…

Todo el pueblo estaba ya al tanto de que Jeremy Driscoll estaba siendo investigado por fraude, pero aquel cotilleo no había bastado

para que Myra dejara de repetir lo mucho que lo preocupaba el comportamiento de Jodi.

–¿Quiere usted hablar con el señor Jefferson? –preguntó la secretaria de Leo a la mujer que había llamado preguntando por él.

La señora le había explicado que no había conseguido localizarlo en el teléfono móvil y que llevaba varios días sin saber de él.

–Lo siento, pero no esta aquí en este momento –continuó la secretaria–. Y supongo que habrá desconectado el móvil porque ha ido a ver a su prometida.

Al otro lado de la línea, Luisa, la madre de Leo, por poco dejó caer el auricular.

–Su prometida… –repitió.

–¿Quiere que le deje algún recado? –preguntó la secretaria de Leo.

–No, no será necesario –contestó Luisa.

Colgó el teléfono y fue en busca de su esposo, que estaba echado en una tumbona al lado de la piscina.

–Tengo que ir a Inglaterra a ver a Leonardo –le dijo.

Para su sorpresa, la velada había transcurrido perfectamente. Leo se había reído amablemente con los chistes de su tío y había alabado la cocina de su tía con tal convicción, que ambos estaban más que dispuestos a acogerlo con los brazos abiertos en el seno de la familia. Jodi había observado todo el proceso con cierto cinismo.

–¿Y qué hay de la boda? –preguntó su tía cuando se sentaron en el salón a tomar el café–. ¿Habéis hecho ya planes?

–No.

–Sí.

Los dos contestaron al mismo tiempo. La tía de Jodi miró con desconcierto el rostro sonriente de Leo, y a continuación la expresión seria de Jodi.

–Acabamos de prometernos –dijo Jodi para defender su negativa.

–Yo me casaría con ella mañana mismo –replicó Leo dirigiéndole a Jodi una amplia sonrisa.

Jodi pensó que se estaba divirtiendo con todo aquello. No había más que verlo.

–Seguro que Jodi quiere esperar a que sus padres regresen –dijo la tía con amabilidad–. ¿Y tus padres, Leo?

–En cuanto pueda, quiero llevar a Jodi a Italia para que los conozca –contestó él–. Pero ya sé de antemano que la querrán tanto como yo mismo.

Y antes de que Jodi pudiera adivinar sus intenciones, Leo se inclinó hacia ella y le tomó una mano, acariciándola suavemente entre las suyas antes de torcer la cabeza y besarla en los labios.

Jodi sintió cómo se le disparaba el deseo en el momento en que él la tocó. Aquella sensación la pilló de improviso, y se sintió furiosa. Estaba enfadada con Leo por hacer que lo amara, y enfadada también con ella misma. Aun así no pudo evitar cerrar los ojos y desear que todo aquello fuera real, que él la quisiera de verdad y tuvieran un futuro juntos.

Los tíos de Jodi les dijeron adiós desde la puerta. Leo había colocado el brazo en la cintura de Jodi mientras caminaban, y lo mantuvo allí hasta que llegaron al coche, aunque estaba aparcado lejos del campo de visión de la casa.

–Ya puedes soltarme –dijo Jodi–. No pueden vernos.

–¿Y si no quiero soltarte? –preguntó él con dulzura.

La luz de la luna le permitió a Jodi leer el deseo que se dibujaba en los ojos de Leo mientras la miraba. Temblando, Jodi retrocedió hasta apoyarse en el coche. El corazón le palpitaba con fuerza.

–¡Leo! –protestó.

Pero él ya estaba deslizando las manos por los brazos desnudos de Jodi. Su contacto la hizo temblar de deseo. Tenía las emociones tan a flor de piel que sería capaz de cualquier cosa. Si con solo tocarla la hacía sentirse de aquella forma, no quería ni imaginar lo que podría pasar si… Se moría de ganas de estar con él.

–Estamos prometidos –le susurró Leo al oído–. Podemos hacerlo, es lo que se espera de nosotros. ¡Y Dios sabe que quiero hacerlo!

El tono de voz de Leo cambió al pronunciar las últimas palabras. Había adquirido tal carga de sensualidad, que Jodi volvió a estremecerse.

–Pero no estamos prometidos de verdad –le dijo ella.

Leo le rodeó con una mano la cintura y con la otra le tomó la

cara. Jodi aguantó la respiración mientras sentía la mirada de aquel hombre sobre ella. Y entonces él agachó la cabeza y posó los labios en los suyos.

¿En qué momento había deslizado ella la mano sobre la mandíbula de Leo? ¿Cuándo había abierto la boca para recibir la silenciosa pasión de sus besos? No sabía cómo ni cuando había acortado la distancia entre ellos y había agarrado el brazo de Leo, sentido el poder de aquellos músculos que la dejaban totalmente indefensa.

–¿Qué me has hecho para que me sienta así? –murmuró él.

Jodi sabía que aquellas palabras llenas de deseo podría perfectamente haberlas pronunciado ella también. Sabía que si Leo la llevaba a su casa no podría resistirse a la tentación que él le estaba proponiendo. En aquel momento lo deseaba más que a su orgullo, su autoestima o incluso su salud.

–Ahora mismo podría… podría… –comenzó a decir Leo con voz entrecortada por la emoción.

Pero en aquel instante se oyó el sonido de un búho sobre sus cabezas, y Leo se separó bruscamente de ella, dejándola desconcertada mientras se daba la vuelta para abrir el coche.

Jodi contempló en silencio el paquete que tenía en la mano. Lo había comprado cuando estuvo en la ciudad con Leo el día que la había llevado para elegir el anillo de compromiso. Jodi había visto una farmacia y se las había arreglado para escaparse un instante y hacerse con lo que necesitaba.

Deshizo el paquete y comenzó a leer las instrucciones, diciéndose a sí misma que se trataba tan solo de una comprobación y nada más. Era prácticamente imposible que sus sospechas estuvieran fundadas en algo más que en una ansiedad culpable. Había veces en que el cuerpo se desajustaba, sobre todo en épocas de mucho estrés, como la que estaba atravesando ella.

Myra le había dicho que ya había hablado con la Consejería sobre su comportamiento. Jodi había tenido que pasar por una ardua entrevista telefónica al respecto, y estaba a la espera de que le comunicaran qué iba a pasar. Con un poco de suerte solo conseguiría una mancha negra en su expediente. Jodi no quería

ponerse en el peor de los casos, pero no se engañaba respecto a la gravedad de la situación.

Miró con tristeza la prueba de embarazo que tenía en la mano. Aspiró el aire con fuerza y abrió el envoltorio para sacar la prueba. Estaba segura de que iba a salir negativa. Estaba totalmente segura.

«Positivo». Jodi miró fijamente la prueba de embarazo, incapaz de asumir el resultado que mostraba. Por décima vez, tomó el test con la mano, escrutándolo una vez más. Tenía que estar equivocado. Tal vez hubiera hecho algo mal, o se trataba de una prueba defectuosa. El pánico comenzó a apoderarse de ella. No podía estar embarazada. No podía.

¡El hijo de Leo! ¡Iba a tener un hijo de Leo! Jodi se miró en el espejo del baño y se preguntó por qué diablos estaba sonriendo. Aquello no era como para sonreír.

Oyó el sonido de las cartas entrando en el buzón. El trimestre escolar había terminado por fin, así que no tenía que salir corriendo para llegar al trabajo. Terminó de vestirse tranquilamente y bajó las escaleras para recoger el correo. Había una postal de sus padres y un fajo de publicidad.

Jodi tuvo que sentarse para reponer fuerzas antes de leer la postal. Sus padres. No tenía ni que preguntarse cómo iban a sentirse cuando se enteraran de todo. Todo el mundo cotillearía, y la vida de una madre soltera no era lo que ellos habrían deseado para Jodi ni para su nieto. Y siendo sincera consigo misma, tampoco era la vida que ella había soñado. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Les había pedido a sus tíos que no hablaran del tema del compromiso con sus padres porque quería contárselo ella en persona. Como iban a tardar más de dos meses en volver a casa, Jodi se había convencido a sí misma de que tenía tiempo de sobra para hacer que su vida volviera a la normalidad. Pero ahora…

Sus padres la querrían y la apoyarían hiciera lo que hiciera, tanto a ella como a su nieto, sin importarles las extrañas circunstancias de su concepción. Pero no cesarían las murmuraciones, y la presencia de Leo en el pueblo debido a su trabajo en la fábrica resultaría insoportable para Jodi. No podía

quedarse allí. No podría dejar que su hijo viviera con semejante humillación, sabiendo que su padre lo había rechazado.

No. La vida sería mucho más fácil para todos sus seres queridos si se marchaba. En cualquier caso, se dijo con orgullo, no era su capacidad profesional para la enseñanza lo que estaba en entredicho.

Y en cuanto al hecho de ser una madre soltera… a cientos de kilómetros de allí, quién iba a prestar atención a los comentarios maliciosos de Myra.

–¡Madre!

Impactado, Leo fijó la vista en el rostro familiar de aquel inesperado visitante con el que se había encontrado al abrir la puerta. Les había dicho a sus padres que se había mudado a una casa alquilada en Frampton y que se quedaría allí hasta que hubiera resuelto todas las complicaciones del negocio. No había podido cumplir su promesa de ir a Italia a visitarlos, pero desde luego nunca hubiera esperado encontrarse con su madre en la puerta de casa.

–¿Y papá? –preguntó Leo mientras veía marcharse el taxi que la había llevado hasta allí.

–He venido yo sola –respondió su madre–. Solo puedo quedarme unos días, pero estoy segura de que tendré tiempo suficiente para conocer a tu prometida.

Leo estaba levantando del suelo la maleta de su madre. Se le vinieron a la cabeza muchas posibles respuestas, pero su madre era su madre, y era además una mujer muy astuta.

–Será mejor que entres –dijo finalmente tomándola del brazo.

–Será lo mejor –admitió su madre dejándose llevar–. Esta es una casa muy familiar, Leonardo. Está bien construida y es resistente. Los niños crecerán fuertes aquí. Y el jardín me gusta, pero necesita una mano. ¿Le gusta la jardinería a tu prometida? Espero que sí, Leonardo, porque una mujer que alimenta a sus plantas alimentará también a su marido y a sus hijos.

Su madre era la única persona del mundo que lo llamaba «Leonardo» de aquella manera tan particular, acentuando la segunda sílaba de su nombre. Cuando cruzaron el pasillo, Leo se dio

cuenta de que su madre se fijaba en el jarrón de flores que Jodi había colocado en el recibidor la semana anterior mientras esperaba a que él terminara de hacer unas llamadas antes de ir a cenar a casa de sus tíos.

–Así que tu prometida es una amita de casa –dijo su madre mientras sometía a examen el ramo–. ¿Cocina para ti?

–Mamá –comenzó a decir Leo mientras la guiaba a la cocina–. Hay algo que debes saber, y me va a llevar algo de tiempo contártelo.

–Solo hay una cosa que me interesa saber, y te llevará muy poco tiempo contestarme –dijo Luisa Jefferson con firmeza–. ¿Tú la quieres?

–Desgraciadamente sí –contestó Leo tras una pausa.

–¿Desgraciadamente? –preguntó su madre extrañada.

–Hay un problema –comenzó a decir él.

La imprevista llegada de su madre era una complicación con la que no había contado, pero ahora que estaba allí, Leo descubrió con sorpresa que quería hablarle de Jodi, compartir con ella no solo el descubrimiento de que se había enamorado, sino también su confusión y sus preocupaciones.

–En el amor siempre hay problemas, si no no sería amor –comenzó a decir Luisa con buen humor–. ¿Cuál es el tuyo? ¿No le gustas a su padre? Eso suele sucederle a los padres con las hijas. Me acuerdo de que el mío…

–Mamá, todavía no conozco a su padre –la interrumpió Leo–. Te he dicho que yo la quiero, pero lo que no te he contado es que ella no me quiere a mí.

–¿No te quiere? Pero si estáis prometidos –preguntó Luisa sorprendida–. Y debo decir, Leonardo, que no me ha hecho ninguna gracias enterarme de tu compromiso por tu secretaria.

–Por favor, mamá –intervino Leo con firmeza–. Deja que te lo explique.

Leo comenzó a narrar su historia cuidando los detalles para que su madre no se llevara una mala impresión de Jodi, como le había sucedido a él mismo en un principio. Cuando acabó, Luisa no parecía muy satisfecha con la explicación.

–¿Dices que tú la quieres y ella a ti no, pero que ha aceptado ser tu prometida para proteger su reputación? –preguntó su madre

enarcando una ceja–. Estoy deseando conocer a esa prometida tuya, Leonardo.

–No sé si va a ser posible –dijo él–. Tengo que ir a Londres esta tarde por negocios y había pensado quedarme allí varios días. Puedes venir conmigo y hacer algunas compras.

–Vivo en Italia, Leonardo. Tenemos Milán. No necesito ir de compras –dijo su madre mirándolo con reproche–. Te esperaré aquí hasta que regreses. ¿Dónde vive tu prometida?

–Vive aquí, en Frampton –contestó él educadamente–. Ya sé que tu intención es buena, mamá, pero te pido por favor que no…

–¿Que no interfiera? –se le adelantó ella–. Soy tu madre, Leonardo, y soy italiana.

–Ya lo sé –contestó su hijo con delicadeza–. Pero espero que comprendas que para mí sería muy humillante que Jodi supiera que estoy enamorado de ella, ya que no soy correspondido. Te pido por favor que no la busques para hablar de nada de esto con ella.

Durante una instante, Leo creyó que iba a negarse.

–No la buscaré –dijo finalmente Luisa con un profundo suspiro–. Yo quería que te enamoraras, pero no de esta manera.

–Lo sé, tú quieres tener nietos –dijo Leo mientras se inclinaba para besarla en la frente.

–Sí, quiero nietos –reconoció su madre–. Pero lo que de verdad quiero es verte compartir tu vida con la persona que amas. Quiero que tu vida se enriquezca con el mismo tipo de amor que compartimos tu padre y yo. Quiero lo que toda madre desea para su hijo: que seas feliz.

Lo que quería su madre para él era exactamente lo que él buscaba. En eso iba pensando Leo un par de horas más tarde mientras conducía desde Frampton camino de Londres. Había dejado a su madre arreglando las rosas del jardín. Al llegar al pueblo, la tentación de desviar el coche hacia la casita de Jodi fue tan fuerte, que Leo tuvo que agarrar con fuerza el volante para controlarse. Pensó entonces que no sería nunca feliz. No sin Jodi, sin su presencia, su amor ni su calor. No sería feliz sin ella.

Jodi miró fijamente la pantalla del ordenador mientras leía con resignación la carta de renuncia que había estado escribiendo durante las últimas tres horas. Ya estaba terminada, y nada le impedía imprimirla y echarla al correo. Pero no podía hacerlo.

Se levantó de la silla y comenzó a recorrer la estancia. De pronto, en un súbito impulso, agarró las llaves de su casa y se dirigió a la puerta. Hacía un día maravilloso de verano, y los jardines de la hilera de casas que daban a la calle estaban repletos de flores, creando una escena idílica. Normalmente, la contemplación de los jardines bastaba para elevarle el espíritu y darse cuenta de lo afortunada que era por vivir donde vivía y ser la persona que era, alguien que tenía un trabajo que le encantaba, una familia a la que amaba y una vida maravillosa. Pero no un hombre que la amara, y dentro de poco, tampoco un trabajo. Aunque la escuela era muy importante para ella, no alcanzaban ni por asomo la intensidad del amor que sentía por Leo.

Leo. Ocupada en sus propios pensamientos, Jodi había llegado paseando hasta la escuela. Al lado de la iglesia había un banco, y se sentó en él mirando de frente al lugar que tanto significaba para ella y por el que tanto había luchado.

No era tan presuntuosa como para creer que no hubiera otras profesoras tan competentes como ella o más, pero ¿querría otra maestra a la escuela tanto como la quería ella? ¿Amaría otra mujer a Leo tanto como ella lo amaba?

Los ojos de Jodi se llenaron de lágrimas. Mientras buscaba un pañuelo de papel en el bolso, se dio cuenta de que una mujer se había sentado a su lado en el banco.

–¿Se encuentra usted bien? No he podido evitar darme cuenta de que está llorando –preguntó la extraña.

El comentario de la mujer la pilló por sorpresa. No era algo típicamente británico interesarse por el dolor de un desconocido por mucha curiosidad que uno sintiera. Jodi levantó dignamente la cabeza y se volvió a mirar a la mujer.

–Estoy bien, gracias –dijo tratando de parecer tranquila.

Pero, para su horror, nuevas lágrimas brotaron de sus ojos, resbalándole por las mejillas. Jodi supo que en cualquier momento podría empezar a sollozar como un niño que se hubiera caído.

–No, no estás bien. Estás muy triste y enfadada conmigo por

haberlo notado, pero a veces es bueno desahogarse con un desconocido –dijo la mujer amablemente–. He visto cómo mirabas la escuela.

–Así es –reconoció Jodi mordiéndose los labios–. Soy maestra allí. O al menos lo era… yo…

–Has decidido dejarlo –adivinó su interlocutora–. Tal vez te has enamorado y te vas a marchar, y estás llorando porque sabes que echarás de menos este lugar maravilloso.

Aunque su inglés era perfecto, Jodi percibió algo extraño en el acento de la desconocida. Probablemente se tratara de alguien que estaba de paso, una persona a la que nunca más volvería a ver.

Por alguna razón inexplicable, Jodi descubrió que quería hablar con ella, liberarse de su carga y buscar, si no una explicación a lo que le estaba ocurriendo, al menos la comprensión de otro ser humano. Algo le dijo que aquella mujer la entendería. Lo llevaba escrito en el calor de los ojos y en su sonrisa alentadora.

–Estoy enamorada –admitió Jodi–. Pero el hombre al que amo no me quiere.

–¿No? Entonces está loco –dijo la mujer con firmeza–. Cualquier hombre que no ama a la mujer que lo ama a él es un loco.

La mujer le dedicó una sonrisa, y Jodi se dio cuenta de que era mayor de lo que le había parecido en un principio. Debía de tener casi sesenta años.

–¿Y por qué no te quiere? ¿Te lo ha dicho? –se interesó la señora.

–Más o menos –dijo Jodi con una media sonrisa.

–¿Pero sois amantes? –presionó la mujer con una perspicacia que dejó a Jodi sin respiración.

–Sí, pero fui yo la que… –comenzó a decir mientras se sonrojaba.

Había cosas que no podían decirse sin más, pero su compañera no parecía tener remilgos.

–¡Tú lo sedujiste! –exclamó la señora.

Parecía más divertida que impresionada, y cuando Jodi se atrevió a mirarla vio que sus ojos oscuros le sonreían.

–Bueno… digamos que lo pillé por sorpresa. Me quedé dormida en su cama, y él no sabía que yo estaba allí, y cuando me desperté y me di cuenta de…

Jodi hizo una pausa. Había algo de catarsis en lo que estaba haciendo, en ser capaz de contarle a alguien por primera vez lo que había sentido.

–Lo había visto antes en el vestíbulo del hotel –comenzó a decir en voz baja–. Entonces no sabía quién era, pero yo…

–Te sentiste atraída por él –la ayudó la mujer.

–Sí –asintió Jodi moviendo la cabeza con vehemencia–. Me afectó como ningún otro hombre lo había hecho jamás. Fue mirarlo y… ya sé que parece una locura, pero creo que me enamoré nada más verlo, y supongo que cuando me desperté y me vi con él en la cama, mi cuerpo debió recordar lo que había sentido y… Nunca debí haber hecho lo que hice. Estoy avergonzada.

–¿Por enamorarte? –preguntó la señora encogiéndose de hombros–. ¿Por qué tendrías que avergonzarte? Es lo más natural del mundo. Así que has conocido a un hombre y lo amas. ¿Y estás segura de que no eres correspondida?

–Totalmente segura –dijo Jodi mientras trataba de apartarse las lágrimas.

–Por eso estás aquí sentada llorando porque no puedes soportar la idea de vivir sin él –adivinó la desconocida.

–Por eso y por… por algo más –admitió Jodi exhalando un profundo suspiro–. Cuando él se dio cuenta de que yo no era lo que en principio había pensado, me dijo que si nuestra intimidad acarreaba alguna consecuencia, yo debería…

Jodi se mordió los labios mientras miraba al horizonte con los ojos inundados de lágrimas.

–Me dije a mí misma que no podía amar a un hombre capaz de destruir la vida de su propio hijo –dijo mientras sacudía la cabeza con convicción–. De ninguna manera.

–No puedo creerme lo que estás diciendo –murmuró la señora entre dientes–. Es imposible. No puede ser.

–Le aseguro que es cierto –insistió Jodi–. Yo tampoco quería creerlo, pero él dijo textualmente que algo habría que hacer. En aquel momento pensé que era imposible que yo estuviera… pero ahora…

Jodi se abrazó a sí misma para detener el temblor que recorría su cuerpo.

–¿Estás embarazada? –preguntó secamente su interlocutora–.

¿Vas a tener un hijo de ese hombre?

–Así es –respondió Jodi con un suspiro–. Tengo pensado mudarme y comenzar una nueva vida en otro lugar.

–¿Sin contarle a tu amante lo del niño? –preguntó la señora con una desaprobación que sorprendió a Jodi.

–¿Después de saber que no lo quiere? –se defendió Jodi–. Me dio a entender que debía deshacerme de él. Y yo preferiría morirme antes que hacerle daño a mi bebé.

Estaba enfadada, todo su instinto maternal había salido a flote. No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada contándole su vida a aquella desconocida, pero estaba muy cansada y quería irse a casa a echarse un rato. Se levantó y le dedicó una sonrisa cansada a su interlocutora.

–Gracias por escucharme –dijo mientras se levantaba.

Pero, para su sorpresa, la señora se levantó también y la abrazó con ternura.

–Sé fuerte –le dijo la mujer–. Todo se arreglará. Estoy segura.

La señora le dedicó una sonrisa reconfortante. Jodi tuvo la extraña sensación de que había algo familiar en ella. Pero aquello era absurdo. Estaba segura de no haberla visto antes jamás.

Capítulo 10

Leonardo, tienes que regresar a Frampton ahora mismo.

–¡Mamá! –protestó Leo.

–¡Ahora mismo, Leonardo! –insistió Luisa Jefferson–. ¿Puedes explicarme por qué la pobre Jodi está convencida de que no solo no quieres reconocer a tu hijo, sino que además quieres negarle el derecho a la vida?

–Pero, ¿qué hijo? Jodi me dijo que no había ningún hijo…

–Pues a mí me ha dicho que sí. Le has hecho mucho daño. Cree que no la quieres, y sufre porque piensa que está enamorada de un hombre que quiere destruir a su hijo.

–No puedo entender cómo puede pensar eso –protestó Leo–. Yo jamás…

–Ya lo sé –lo interrumpió su madre–. Pero Jodi dice que le dijiste algo parecido a «habrá que arreglar este asunto».

–Sí, pero me refería a que si estaba embarazada nos tendríamos que casar –replicó Leo–. ¿Cómo se le ha ocurrido pensar que… ?

–Es a ella a quien tienes que explicárselo, Leonardo –dijo Luisa–. Y deberías darte prisa. Está pensando en marcharse.

–Salgo ahora mismo –anunció Leo–. Y como se te ocurra hablar con ella antes de que yo llegue, te prohibiré que veas a tu nieto o nieta hasta que tenga al menos un día de edad.

Cuando colgó el auricular del teléfono, Luisa Jefferson sonreía beatíficamente. Volvió a descolgar el aparato y marcó el número de su casa en Italia.

–Hola, abuelo –dijo cuando el padre de Leo descolgó al otro lado de la línea.

–Venga, Jodi, estoy hambriento, y odio ir a cenar solo.

–Estoy muy cansada, Nigel –había protestado Jodi cuando su primo la llamó inesperadamente para salir a cenar–. Pídeselo a alguna de tus múltiples novias.

Pero al final se había rendido, y ni siquiera había protestado cuando Nigel, después de recogerla con el coche en su casa, se había bajado diciendo que se le debía haber caído la cartera en el porche.

Pero en aquel momento eran casi las diez de la noche, estaba agotada y no paraba de bostezar. No podía culpar a Nigel por mirar de reojo el reloj. Jodi no había sido una compañía muy entretenida.

–Muy bien, vayámonos –dijo de pronto Nigel tras mirar el reloj por segunda vez.

–¿No quieres terminarte el café? –preguntó ella un tanto sorprendida.

–¿Cómo? No, ya veo que estás muy cansada –dijo Nigel.

Jodi tuvo que reconocer que su primo había estado muy raro durante toda la cena, evitando mirarla directamente a los ojos. Pero estaba demasiado cansada como para preguntarle qué le pasaba, y se dejó llevar hasta al aparcamiento para montarse en el coche. Cuando llegaron a casa de Jodi, ella le preguntó si quería entrar, pero, para su sorpresa, Nigel negó con la cabeza. Jodi lo vio marcharse y decidió que lo mejor que podía hacer era irse directamente a la cama.

La pantalla del ordenador expelía algo de luz alrededor, pero Jodi no tenía fuerzas ni para echar un vistazo, así que no pudo ver los bebés que flotaban por la pantalla alrededor de una frase escrita que decía: «Te quiero, bebé, y a tu mamá también».

Una vez arriba, Jodi se metió en el baño, se desmaquilló y se dio una ducha antes de entrar desnuda en la habitación. El dormitorio le resultaba tan familiar que no tuvo necesidad de encender la luz. Ya estaba prácticamente dormida antes incluso de retirar la colcha de la cama, una cama grande en la que nunca había dormido nadie más que ella.

Aunque en aquel momento había alguien dentro.

Se trataba de alguien que hubiera reconocido en cualquier lugar sin siquiera verle la cara. Lo habría reconocido por el olor, aquel aroma que Leo desprendía y que la envolvía cada vez que lo tenía delante.

¡Leo estaba allí, dormido en su cama! No, aquello no podía ser cierto. Se estaba volviendo loca, o se trataba de un sueño.

Jodi tragó saliva cuando un par de brazos de verdad abrazaron

con firmeza su cuerpo, aprisionándolo.

–¡Leo! –murmuró Jodi con voz trémula.

–¿Cómo puedes pensar que no te quiero? –lo oyó decir con voz ronca–. ¡Estoy loco por ti! Loca e irremediablemente enamorado de ti, y para siempre. Pensé que eras tú la que no me quería. Con razón dicen que el embarazo afecta a la capacidad de razonar de las mujeres.

Jodi no podía creer lo que estaba ocurriendo, ni mucho menos entender cómo se había propiciado aquella situación.

–Leo… –murmuró con voz aún más baja–. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo… ?

Pero Leo no estaba con ánimo de responder a sus preguntas. Estaba recorriendo con pequeños besos la mandíbula de Jodi, su garganta, su cuello. Luego comenzó a murmurarle palabras de amor al oído mientras le acariciaba con ternura el vientre.

–¿Cómo has podido pensar que no quiero a nuestro hijo, Jodi? –susurró con voz entrecortada por la emoción.

Ella trató de contestarle, pero se lo impidió la urgencia de la boca de Leo sobre la suya. Además, las palabras carecían de importancia cuando tenían aquel maravilloso mundo de amor que habían creado entre los dos.

Leo continuaba acariciándola con ternura, desatando toda su pasión…

–La primera vez que te vi te abriste camino en mi cama y en mi corazón –murmuró él–. Y desde entonces no ha pasado ni un solo día, ni una sola hora, en la no te haya deseado. No ha habido ni un solo minuto en que mi amor por ti no me haya atormentado.

Jodi podía sentir la tensión sexual que desprendían las yemas de los dedos de Leo mientras daba rienda suelta a su deseo.

–Así que ahora me tocaba a mí –continuó él–. Gracias a Nigel, me he abierto camino hasta tu cama, y te advierto que no pienso marcharme hasta que haya abierto también un camino hacia tu corazón, Jodi. Quiero escuchar de tus labios que vas a dejarme estar aquí, en tu corazón, en tu vida y en la vida de nuestro hijo para siempre.

–Para siempre –susurró Jodi mientras acariciaba el rastro húmedo que la intensidad de su emoción había dejado en el rostro de Leo.

–Pensaba que amarte era una tortura –le dijo Leo con sentimiento–. Pero ahora sé que la verdadera tortura sería perderte. ¿Tú sabes lo que significó para mí encontrarte aquella vez en mi cama, acariciándome, amándome? ¿Quieres que te demuestre lo que se siente?

–Demuéstramelo –lo animó Jodi con atrevimiento.

–Muy bien –contestó Leo con voz triunfante.

Hicieron el amor suave y delicadamente, como si estuvieran metidos en su papel de padres, y luego apasionadamente, reclamando su derecho a ser además amantes.

Hicieron el amor de todas las maneras que Jodi había soñado en la intimidad de sus pensamientos, y de otras formas que nunca había imaginado.

Estaba amaneciendo. Leo le había repetido una y otra vez cuánto la amaba, a ella y al niño, y no había parado hasta estar seguro de que Jodi le correspondía.

–Explícame qué ha ocurrido –preguntó ella–. Parece como si un hada madrina hubiera movido su varita mágica y…

–No hay hada madrina –respondió Leo con ternura levantando una ceja–. Era mi madre.

–¿Cómo?

Jodi se incorporó de un salto, atrayendo hacia sí la colcha de la cama. Durante un instante contempló la belleza del cuerpo desnudo de Leo. Un instante lo suficientemente largo como para sentir un escalofrío de placer y recorrer con un dedo el cuerpo de su amante para luego entretenerse jugando con el vello de su pecho. Jodi observó fascinada la vigorosa respuesta del cuerpo de Leo a sus caricias.

–No sigas por ahí –la advirtió Leo de buen humor–. O ya sabes lo que te espera.

–Quiero que me cuentes qué ha pasado –dijo Jodi mientras apartaba perezosamente la mano.

Nigel le contó la visita de su madre y la conversación que habían mantenido.

–Al parecer, cuando yo me fui a Londres mi madre salió a dar un paseo por el pueblo y se encontró con una chica que parecía muy afectada –explicó Leo–. Quería ayudarla, así que se sentó a tu lado y…

–¿Aquella era tu madre? –lo interrumpió Jodi, entendiendo de pronto todo–. Ya me parecía que tenía algo que me resultaba familiar.

–Luego me llamó a Londres para preguntarme cómo era posible que tú pensaras que yo quería deshacerme de nuestro hijo –continuó Leo mirándola con ojos tristes.

–Tú dijiste que habría que arreglar la situación –se defendió Jodi.

–Sí, pero el lugar que yo tenía en mente visitar no era una clínica, sino una iglesia en la que pudiéramos casarnos –dijo Leo con voz ronca–. Aunque no estuviera enamorado de ti, nunca te pediría que… Menos mal que mi madre me conoce mejor que tú. Ahora estamos empatados: yo te juzgue mal cuando te conocí, y tú también te has equivocado conmigo. Propongo que volvamos a la línea de salida y partamos de cero.

Leo aspiró profundamente antes de seguir hablando.

–Te quiero, Jodi Marsh, y quiero casarme contigo.

–Yo también te quiero, Leo Jefferson –respondió ella con una sonrisa–. Y quiero casarme contigo.

–Y ahora, volvamos al asunto de los besos –dijo Leo mientras la estrechaba contra su cuerpo y la colocaba suavemente debajo de él.

Varias horas más tarde, Jodi seguía sonriendo.

–Así que Nigel te dejó la llave de mi casa debajo del felpudo –preguntó mientras untaba de mermelada su tostada.

Leo acababa de salir de la ducha y entraba en la habitación sonriendo mientras la veía comer la tostada con verdadero apetito.

–Así es. Me costó mucho convencerlo. Tenía miedo de que sospecharas algo –dijo Leo.

–Seguramente lo habría hecho si no hubiera estado tan cansada –admitió Jodi.

Mientras la miraba, Leo fue consciente de que el amor que sentía por ella lo llenaba. Había corrido un gran riesgo metiéndose en su cama, pero por suerte había funcionado. La situación les había permitido hablarse con franqueza el uno al otro.

Cuando Jodi terminó de desayunar, Leo la atrajo hacia sí de nuevo y hundió la cara contra su pecho antes de abrazarla y besarla

con ternura.

Sonó su teléfono móvil. Leo soltó una maldición y se acercó a él con intención de apagarlo, hasta que vio que era su madre. Desde donde estaba, Jodi oyó perfectamente la conversación.

–Leonardo, no es contigo con quien quiero hablar, sino con mi futura nuera, tu maravillosa Jodi –la oyó decir–. Ya la has tenido para ti solo bastante tiempo. Di que se ponga al teléfono para que le cuente todas las compras que podemos hacer en Milán para el *bambino*.

Epílogo

Vas a seguir dando clases?

Jodi le dedicó una sonrisa a Leo por encima de la cabeza de su suegra mientras Luisa Jefferson le hacía gorgoritos a su nieto.

Era el aniversario de boda de Leo y Jodi, y habían viajado a Italia para ver a los padres de Leo.

–Por ahora sí, pero solo a tiempo parcial –replicó Jodi.

La habían animado todas las cartas de apoyo que había recibido de los padres de sus alumnos, y Leo y ella habían estado de acuerdo en que se lo debían, así que se quedaría en la escuela hasta que encontraran una buena sustituta.

–Después de todo –le había dicho Jodi a Leo sonriendo–, nuestros propios hijos van a ir a esa escuela.

Leo había comprado Ashton House, y Jodi se había pasado los meses previos al nacimiento de Nicholas Lorenzo redecorándola y organizando las obras de reestructuración.

Los padres de Leo habían viajado desde Italia para estar presentes en el nacimiento del bebé, y habían llevado con ellos a una invitada especial para el bautizo, para divertimento de Leo y alegría de su madre.

–Se llama María, y dice que te va a preparar una poción especial que garantizará tu felicidad, la de Leonardo y la de tus hijos –le dijo Luisa Jefferson cuando le presentó a su nuera a la curandera del pueblo.

–Mi felicidad está garantizada –le había contestado Jodi con una sonrisa de amor y confianza dedicada a su marido–, siempre y cuando tenga conmigo a Leo.